

UN MITO DE LA SOCIEDAD COSTARRICENSE: EL CULTO A LA VIRGEN DE LOS ANGELES (1824-1935) ¹

José Gil Zúñiga

Dentro de la mentalidad religiosa de los costarricenses durante el período estudiado, el culto a la Virgen de los Angeles ocupa un lugar primordial. En este artículo se analiza la manipulación política de este hecho mítico por distintos grupos sociales, y la manera en que las clases subalternas han practicado una serie de manifestaciones fetichistas, que se enfocarán aquí como un subproducto religioso.

A. ACTITUDES RELIGIOSAS DE LA VIDA COTIDIANA

Cuando se estudian las actitudes de la vida cotidiana del costarricense al inicio de nuestro período, se puede palpar cómo la mayoría de ellas se encontraban regidas por creencias religiosas, o sea que la visión del mundo de nuestros ancestros estaba conformada fundamentalmente por elementos de corte religioso.

La ideología religiosa tenía un gran peso dentro de una masa de población mayoritariamente creyente, esto en buena parte se debía a que la clase dominante aún no estaba lo suficientemente cohesionada y no había podido crear mecanismos ideológicos de corte no religioso, con los cuales transmitir su ideología a las otras clases sociales.

A fines del siglo pasado, la situación empezó a variar, ya que arribó al poder una fracción de la burguesía que se proclamaba anticlerical, la cual, con su accionar, empezó a consolidar una serie de aparatos ideológicos no religiosos, desplazando estos últimos a un segundo plano. Esto no significó

que el costarricense dejara de tener ipso facto una mentalidad plagada de creencias religiosas, ya que si bien la Iglesia sufrió este embate por parte de los sectores ya mencionados, pronto se recuperó de ellos y difundió entre sus seguidores, una serie de creencias fetichistas, para así mantenerlos bajo su dominio y lograr con eso continuar detentado la posición hegemónica que hasta ese momento había tenido.

Aunque se dieron discrepancias entre la Iglesia y el Estado, no debe creerse, por esto, que esa fracción de la burguesía dejó de manipular a lo largo de nuestro período la fe de los creyentes y eso tampoco significa que la Iglesia dejara de desempeñar su rol como aparato ideológico del Estado, ya que como decía un creyente a fines del siglo pasado la religión era vital,

*“para que sostenga el orden público y contribuya a calmar los tumultos y agitaciones”*².

La Iglesia se dedicó, a lo largo del período analizado, a fomentar la pasividad en sus seguidores cosa que favorecía el orden de cosas impuesto por la clase dominante.

Esto se refleja claramente en la opinión de la señorita Pilar Quirós, cuando en 1859, al hablar sobre la instrucción religiosa, decía lo siguiente:

*“La instrucción moral y religiosa nos hace sumisas, compulsivas y solícitas”*³.

Una vez que la Iglesia Católica sintió los primeros efectos de las leyes impulsadas por la fracción anticlerical de la burguesía, para no perder su posición hegemónica optó por fortalecer dentro de sus fieles la idea de la importancia de la religión, ello puede extraerse del texto siguiente aparecido en el *Eco Católico*, en el año 1884, que decía:

*“La religión es el primer fundamento de la sociedad, es la depositaria de la revelación y los eternos principios del orden y de la moral; por ella se ligan los hombres con su Dios y los hombres entre sí. Sin ella no es posible la sociedad que ha de creer en algo, que ha de vivir de algo. Sin ella no hay autoridad, ni hay ley, ni hay obligación, ni fuerza para hacer cumplir lo que se pacta entre los hombres. Esta gran verdad ha descendido del cielo a la tierra pues la encontramos, en los sagrados libros del Exodo y del Deuteronomio a propósito de las alianzas interrumpidas y reanudadas del pueblo de Israel con su Dios y en otros sagrados libros del Antiguo Testamento”*⁴.

Debido al ataque a que se vio sometida la Iglesia Católica, ésta pretendió hacer creer a sus seguidores que el orden social existente era imposible sin su presencia, esto porque tocaba a la Iglesia, según los designios divinos, preservar la buena marcha de la sociedad.

Es más, indicaban que toda sociedad que dejara de lado la religión se sumía en una profunda degradación. Con planteamientos de este tipo se buscaba hacer creer a los creyentes que una sociedad sin religión era una sociedad sin moral.

Desde esta perspectiva el orden de cosas, imperante en la Costa Rica de aquellos años, era dado por la divinidad y, por lo tanto, no podía ser cuestionado, ya que ese orden era impuesto por Dios y la religión al ser el vínculo por excelencia entre Dios y los hombres, pasaba a ser una piedra fundamental, piedra que no debía faltar jamás en ninguna sociedad.

Posteriormente, monseñor Juan Gaspar Stork dirá que la religión era el verdadero fundamento del legítimo progreso y bienestar de una nación ⁵.

La Iglesia cumpliendo con su función de aparato ideológico del Estado en vez de impulsar entre sus adherentes un pensamiento crítico, buscó exaltar el fanatismo religioso.

“Ay en la noche de pesar aguda cuando huye el sueño al párpado anhelante. Qué ignorante es la ciencia del que duda y qué sabia es la fe del ignorante” ⁶.

Anteriormente se señaló que la visión del mundo de los costarricenses de antaño estaba plagada de concepciones religiosas, sería bueno indicar, a partir de este momento, cómo se expresaban en la mente y actitudes de aquellos costarricenses dichas ideas.

El temor a la muerte, era una de las más grandes angustias que se tenían por aquel entonces, ese temor a la muerte les imponía la necesidad de estar preparados para trascender a la otra vida, es por eso que una buena cantidad de ellos dictaban su última voluntad en pleno uso de sus facultades mentales, para que así, al momento de su muerte, pudieran gozar “de la Beatífica presencia” ⁷.

Los testamentos son una fuente bastante rica para poder explotar las creencias respecto de la muerte, a través de ellos se puede observar que el costarricense no sólo pedía por su salvación, sino que nombraba diversos in-

tercesores, para que, una vez muerto, abogaran por su alma, esto se puede observar en el testamento de Miguel Pérez, el cual temiendo:

*“ . . . la muerte, cosa natural a toda criatura, poniendo por mi intercesora a la Reina de los Angeles, Santo Angel de mi guarda, Santos de mi nombre y devoción, para que me alcancen de su Divina Magestad el perdón de mis pecados, y el acierto que en este caso necesito para que el último período de mi vida, no me distraiga cosa temporal, ordeno éste mi testamento. . . ”*⁸.

Horas antes de morir era costumbre entre los más devotos, confesarse, comulgar y recibir diversos sacramentos que los preparaban para la otra vida⁹, muchos tenían la costumbre de pedir que a la hora de ser sepultados, se les amortajara en el hábito del santo de la cofradía a la cual pertenecían¹⁰. Se acostumbraba también, que si el hombre tenía un rango oficial, por ejemplo si era militar enterrarlo con uniforme¹¹, en el caso de la mujer, si ésta no pertenecía a ninguna cofradía podía ser enterrada con su vestido de misa¹². No faltó quien pidiera ser sepultado con ropas de color negro.

Después de enterrado el cadáver, se realizaban novenas y rosarios, en honor del ánima del difunto, en los cuales, no sólo abundaban los rezos sino también el licor y diversos tipos de entretenimiento, como se puede observar en la composición de A.J. Echeverría *Visita de Pésame*, incluida en su obra *Concherfás*, donde se indican los preparativos para un novenario.

*“L'espero p'al novenario
Yo no puedo por mi pierna;
Pero vendrán los muchachos
Achará que usté no pueda
Porque va a estar muy alegre.
Tata mercó una ternera
Y 3 garrafas de guaro
Y 6 frascos de mistela
Y además ha contratao
4 músicos de Heredia,
Y pa los misterios tiene
Cuhetes de luz y bombetas
Ya usté le conoce el genio. . .
Cuando se raja de veras”*¹³.

Es importante entrar a analizar, aunque sea brevemente, otras creen-

cias que se tenían por aquellos años, con respecto del más allá y los seres que habitaban en él.

En ese mundo ultraterreno, construido en la mente fantasiosa de los creyentes de aquel entonces, se ubicaban diversos seres que “gobernaban” su vida cotidiana, quienes con los poderes que les conferían los hombres adquirían un carácter sobrenatural ¹⁴ y acababan dominándolos.

Esos seres que poblaban ese universo supraterebral podían influir positiva o negativamente sobre el ser humano.

Haciendo un recuento de los personajes que conforman ese cosmos sagrado, encontramos que el más importante de todos ellos lo era Dios, como bien apunta Hostie ¹⁵, toda creencia religiosa desemboca en ese arquetipo ubicado en un plano metafísico, lo cual reafirma que Dios es la conciencia de la religión ¹⁶.

Para nuestros ancestros, Dios era el autor de las sociedades ¹⁷, el orden de cosas presente en una sociedad era producto de su quehacer. Según monseñor Rafael Otón Castro:

“La bondad y la misericordia de Dios son infinitas, empero no debemos olvidar que en el mismo grado está su justicia, y así es verdad que la condición de la presente vida no es la propia para el ejercicio adecuado de dicha justicia, sin embargo Dios no deja de castigar a los pueblos con algunos flagelos como las guerras y las pestes y el hambre y las enfermedades, los cataclismos, los desastres de la naturaleza, castigos que vienen a ser avisos saludables y voces amorosas que nos recuerdan su existencia y su poder, que premia y castiga y que nos llama a penitencia por nuestras culpas” ¹⁸.

Como se ve Dios reunía virtudes opuestas, por una parte se indicaba que era un ser lleno de bondad, y por otra se decía que él estaba dispuesto a castigar a los hombres, mediante castigos que eran “voces amorosas” que buscaban fomentar la buena conducta entre los hombres.

A la par de la creencia en ese arquetipo superior, existía otra que se refería a la existencia de las almas de las personas difuntas. Con respecto de las ánimas de los difuntos se llegó a establecer una relación cultural, dado que se creía que, debido a sus actos en esta vida, las almas podían estar penando en el más allá, y quienes habían conocido o no en vida a las personas difuntas se preocupaban por diversos medios de procurar su descanso eterno.

Unos se hacían cargo de capellanías, otros pagaban misas y no faltó quien se encargara de programar distintos tipos de ritos con que ofrendar a las ánimas.

El devoto de nuestro período tenía la creencia de que las ánimas podían interceder por su salvación, y es por ello que les rendían culto, ya que así podían lograr la salvación de su alma. Para ellos la devoción a las ánimas era muy importante, puesto que:

“ . . . levantan ellas sus manos al cielo y ruegan con tanto fervor por sus bienhechores como no pueden hacerlo ni las más santas personas de la tierra. Y Dios escucha con sumo agrado sus ruegos (. . .) y otorga sus gracias superabundantes a sus auxiliares ”¹⁹.

Para aquellos hombres sumamente preocupados por la trascendencia, salvar el alma era algo primordial, es por eso que desde el acto matrimonial que se tomaba “para salvar el alma”²⁰, pasando por aquellos que tomaban al hábito “para mejor servir a Dios” y salvar su alma²¹, una buena parte de los actos de la vida cotidiana, tenían sobre sí la responsabilidad de que a través de ellos era que se podía perder o ganar el alma para la posteridad.

Los creyentes de aquel entonces tenían la idea de que después de esta vida existía otra, en la cual se premiaban los actos realizados en ésta. Además de la morada celestial, tenían la creencia de que existía el purgatorio:

“ . . . llamado lugar de purificación o purgatorio, que existe entre el tiempo y la Eternidad feliz ”²²;

lugar donde se encontraban:

“ . . . las ánimas de los difuntos que en el purgatorio se purificaban de la escoria que en el pecado les dejara ”²³.

El purgatorio era para ellos una cárcel, en donde en medio del fuego las ánimas de los difuntos expiaban sus culpas.

Una tercera morada que se podía alcanzar, una vez muerto, era el infierno, como se ha apuntado con anterioridad, para aquellos hombres salvar el alma era algo que les angustiaba, las imágenes del infierno, que curas y laicos recreaban en ellos, les fortalecían ese temor.

El presbítero Elías Valenciano decía a inicios de este siglo, que en el

infierno se encontraban aquellas almas corroídas por el mal y que no gozaban de ninguna virtud, ya que habían perdido a Dios, razón por la cual estaban condenados a vivir eternamente en ese lugar ²⁴.

Al infierno se ligaba toda situación de desasosiego, es por ello que relacionaban el martirio que sufrían en esta vida, en aquel sufrimiento que podía esperarles si perdían el alma.

Rebatir la existencia del infierno era una verdadera heregía, fue por ello que José Porras y su madre Bienaventura Vargas concurren presurosos ante el cura de la localidad, cuando Luis Castillo les leyó “unas blasfemias”, donde les indicaba que no existía el infierno. Según se extrae de ese mismo documento, en el infierno habitaban todo tipo de alimañas, por lo que Castillo les dijo que no creyeran que en el infierno había sapos, culebras y serpientes como les habían enseñado ²⁵.

En este siglo existen otras narraciones en donde más pormenorizadamente se describe como “era” el infierno, en una de ellas, escrita por el presbítero Miguel Benavídez, se dice que el infierno era un

“... lugar para siempre cerrado al perdón, segunda muerte, lugar ardiente de fuego y azufre en donde el humo de sus torturas sube día y noche por los siglos de los siglos, porque sufren suplicios eternos delante de la faz de Dios, como los objetos impuros de su cólera que sobre ellos pesa eternamente” ²⁶.

Si existía la creencia en el infierno tenía que existir la creencia en el diablo. A Satanás se le tenía un verdadero pánico, ya que “era él” el encargado de pervertir las sociedades. Al diablo se le conferían poderes extraordinarios, con ellos

“... puede levantar mesas, producir conciertos musicales, representar comedias descifrar enigmas de difuntos, emitir oráculos, curar las dolencias, dar movimiento a cadáveres, simular por lo tanto falsas resurrecciones. Todo esto y mucho más puede efectuar el demonio sin salir de su esfera propia de acción y sin acudir a poder superior a él” ²⁷.

Los poderes que se atribuían a Lucifer alimentaban, en la pródiga imaginación de los creyentes, un gran temor hacia él.

Cuando a fines del siglo pasado el movimiento liberal buscó socavar la posición hegemónica de la Iglesia, ésta trató de relacionar el liberalismo con

el diablo, llegando a afirmar que este movimiento era un engendro diabólico que junto con sus leyes habían salido del infierno ²⁸.

El diablo era considerado el principio del mal, su figura repulsiva, sus acciones deshonestas, así como otras imágenes recreadas por la Iglesia, eran un acicate para que el creyente reforzara su deseo de introducirse en ese cosmos sagrado, mediante la salvación de su alma.

Como muy bien ha señalado Gramsci ²⁹, para que la ideología religiosa se encuentre plenamente constituida son necesarios tres elementos, a saber: la creencia en seres sobrenaturales, una relación de supeditación de los hombres con respecto de esos seres y un sistema de relaciones entre ambas partes. Es por ello necesario pasar a abordar las formas culturales mediante las cuales el creyente buscaba comunicarse con su deidad.

A lo largo del período en cuestión, se pueden ubicar una serie de prácticas fetichistas que refuerzan la supeditación del hombre a lo trascendente. Frente a ese mundo ultraterreno, según él lo domina, el creyente siente la imperiosa necesidad de tomar contacto con los seres que habitan en el más allá.

Es allí donde adquiere importancia la oración, ya que ésta se convierte en el medio por excelencia por el cual el hombre se eleva del plano terrenal al celestial y toma contacto con su deidad. Hay que aclarar que la oración no tiene ningún grado de eficacia en sí misma, ya que ella es simple y sencillamente un medio para ponerse en contacto con lo sagrado ³⁰.

Una de las oraciones más frecuentes era el rosario, el cual era costumbre rezarlo, no sólo en los templos, sino en medio del calor del hogar.

La oración, antes que nada, lo que buscaba era exaltar la fe de todos los devotos:

“Un solo Ave María, un solo Gloria Patri del Rosario dicho con verdadera devoción vale más que conquistar con Alejandro El Grande el mundo entero, más que ser único inventor de todas las invenciones que se han hecho desde la invención de la imprenta hasta los últimos del teléfono y micrófono” ³¹.

Otro ritual sumamente importante era la misa, para los creyentes de esas épocas, ésta era la plegaria más poderosa ³². A través de la revisión de distintos documentos en el Archivo Arquidiocesano, se pudo comprobar que

era una costumbre de los más devotos asistir a la misa diaria, en horas de la madrugada antes de iniciar la jornada laboral.

Si era importante la misa, más aún lo era la comunión, que era el punto culminante de aquel ritual. Según Cazaneuve la característica fundamental de la comunión es que a través de ella el devoto cree tomar contacto directo con su arquetipo³³. Esto se refleja bastante bien en un poema publicado en el **Unión Católica**, a fines del siglo pasado:

*“¿Qué regalada calma
por mi pecho se esparsa deliciosa?
¿Qué ventura inmortal dulce amorosa
de inefable placer inunda el alma?
Huye pecado impío
huye bramando el espantoso aberno
pues está lleno de amor el pecho mío”³⁴.*

El sacramento de la confesión era otro tipo bastante practicado en aquellos años, este sacramento es una especie de expiación en donde el hombre que se cree culpable de una falta, la exterioriza, desahogando su sentimiento de culpabilidad, al igual que en los casos anteriores para los devotos, este rito se convierte para los más fieles en una imperiosa necesidad y algo a lo que ocasionalmente concurren los menos apegados a la fe.

No comulgar y no confesarse era algo que por aquel entonces alarmaba, así lo hacía ver Juana Zamora, quien en 1831 pedía se le concediera divorcio de Aniceto Campos, no sólo porque era pobre y vago, sino porque cuando se casó no comulgó y porque “me consta que no se ha confesado”³⁵.

Lo anterior se reafirma con más fuerza en lo dicho por R.G. Escalante, cuando solicitaba se le permitiera confesarse después de casado, ya que antes no podía hacerlo:

“Si yo fuera incrédulo, tal condición me sería insignificante, pero no es así, y necesito para hacer una confesión, como Católico, Apostólico y Romano, tranquilizar mi espíritu y reformar mi vida, porque este no es un juguete y veo que esto me es imposible practicarlo de un momento a otro”³⁶.

Sin duda alguna, uno de los ritos de más importancia era el de “matrimoniarse”, como se decía antiguamente, el matrimonio era concebido como

uno de los pilares fundamentales de la sociedad ³⁷, sin embargo, no muy pocos dejaban de respetar ese "lazo indisoluble" como puede extraerse de la lectura de varios de los libros del Archivo Arquidiocesano.

Ni aún en este acto dejaba de percibirse el deseo de salvar el alma, ya que muchos decían que se casaban para salvar el alma ³⁸.

Contraer matrimonio no era sencillo, ya que de acuerdo con las disposiciones del Concilio de Trento, el matrimonio era nulo si los contrayentes tenían parentesco en línea recta de consanguinidad entre ascendentes y descendentes, tanto legítimos como ilegítimos y en línea colateral hasta el tercer grado inclusive, en caso de que hubiera duda al respecto. Con el paso del tiempo se eliminó el cuarto grado.

Antes de casarse era necesario confesarse, comulgar y que diversos testigos brindaran informes relacionados con los contrayentes. El permiso de los padres era algo casi obligatorio, como se extrae de lo afirmado por Arturo Solano, comerciante cartaginés, que deseaba contraer nupcias con Consuelo Alvarado ³⁹.

De acuerdo con trabajos realizados por los licenciados Edwin González ⁴⁰ y José Ant. Salas ⁴¹, parece que era regla general que la mujer se casara a más temprana edad que el hombre, esto en las primeras nupcias. En cuanto a los matrimonios en segundas nupcias, se debe indicar que los más favorecidos eran los hombres, ya porque éstos tuvieran fortuna, profesión o un oficio rentable, y para la mujer la posibilidad de un segundo matrimonio se daba si era joven o tenía fortuna.

Vale la pena resaltar que detrás de ese sacramento se afianzaba el machismo que aún caracteriza a nuestra sociedad, ya que se decía que al casarse la mujer quedaba confinada al hogar, no pudiendo dedicarse a ninguna otra actividad, y si tenía que salir del hogar debía hacerlo con permiso del marido ⁴².

La misma mujer reforzaba esa condición, cosa que se extrae de la declaración de muchas de ellas, que cuando tenían que declarar su oficio decían que era el propio de su sexo ⁴³.

Hasta aquí se ha hecho referencia a una serie de creencias y prácticas fetichistas, es necesario ahora dedicar aunque sean unas cuantas líneas a aquellos que estaban encargados de difundir estas ideas en la mente de los

feligreses de la Iglesia Católica. Para aquellos hombres sencillos el sacerdote, si no era el personaje más importante, era el más respetado de la comunidad.

Tocaba al sacerdote, ya en el púlpito, en las confesiones, en las aulas y a través de artículos periodísticos, difundir todas las ideas expuestas con antelación, a él le tocaba recordar a sus feligreses los “placeres” y “martirios” de la otra vida.

El sacerdote era bastante estimado en la Costa Rica de antaño, no faltaba quien al paso del cura hiciera una señal de reverencia o bien le besara la mano en señal de sentimiento y respeto. Era considerado una especie de ser elegido, ya que era él quien estaba facultado para tomar contacto con lo divino, él tenía el deber de luchar por salvar la humanidad, era quien predicaba y difundía la palabra con la única arma de la verdad y el espíritu de pureza⁴⁴.

Al sacerdote, llamado en aquellos tiempos cura, porque le tocaba “curar las almas”, le correspondía ayudar a las personas, para que se salvaran, él debía con sus “sabios consejos” guiar a sus feligreses en la vida terrenal, si no léase el siguiente fragmento de una poesía dedicada al presbítero Rosendo Valenciano:

*“La Pasión borrasca horrenda
alza a veces en el alma
que pierde la dulce calma
En la horrible contienda;
Pero por ellos se ofrenda
Al verla con rumbo incierto
como timonel experto
El sacerdote valiente
que le muestra la fulgente
Estrella que guía al puerto”*⁴⁵.

Pero, he aquí que el sacerdote no solo se centró en su misión de liderar su grey, sino que también se inmiscuyó en política, esto si bien se dio desde los primeros años de vida independiente, se enfatizó a fines del siglo pasado, creándose un partido, el Unión Católica, con un masivo apoyo de los sacerdotes⁴⁶.

Entre los años de 1920 y fines de 1930 la Iglesia Católica, presidida por un hombre sumamente conservador, Rafael Otón Castro, atacó las ideas

comunistas que se habían infiltrado en el país, contando en este sentido con la "valiosa colaboración" de los presbíteros Carlos Borge y Carlos Meneses.

El rol asignado al sacerdote trascendía lo religioso y se sumía en lo político, el cura era quien tenía que hacer dóciles a sus feligreses, para que éstos no cuestionaran el statu quo y, a la vez, para que se mantuvieran sumisos bajo la férula de la Iglesia Católica.

Hasta aquí se ha tratado de reseñar y analizar algunas de las creencias de la época, con el objeto de demostrar el enorme peso de la ideología religiosa en la conformación de la visión del mundo de los creyentes de aquel entonces.

Son precisamente todas estas creencias las que rodean el culto de la V.A. ⁴⁷, que es el fenómeno central a estudiar en este artículo y el cual se pasa a analizar a continuación.

B. LA IMAGEN COMO OBJETO DE CULTO ⁴⁸

Entre las creencias religiosas de los costarricenses, hay una que ocupa el lugar de primacía, y es precisamente la que se refiere al culto de Nuestra Señora de los Angeles.

Devoción que se sustenta en una leyenda que habla de la aparición en el año 1635 de una Virgen negra a la mulata Juana Pereira, quien habitaba en la Puebla de los Pardos en las cercanías de Cartago. La leyenda por su simpleza, aspectos míticos y por las creencias fetichistas que la rodean, se asemeja bastante a otras que sobre hechos similares existen en distintas partes del mundo.

Al emprender la investigación sobre el culto en mención se rastreó la leyenda, hasta la época más remota posible, sin encontrar ningún documento histórico que nos remitiera a los primeros años del culto. Pero pese a que en ese sentido la búsqueda fue infructuosa, a lo largo de la etapa de recolección y análisis de fuentes documentales se pudo detectar incongruencias en las distintas versiones alusivas al hallazgo de la imagen.

Es preciso entrar a enumerar y analizar las incongruencias presentes en la leyenda.

Desde los primeros años de la independencia, la Iglesia buscó por todos los medios fortalecer en la mente de sus seguidores que la imagen efectiva-

mente apareció por un designio divino, esto puede observarse en una canción compuesta por el presbítero Miguel Bonilla, la cual se interpretaba en el año 1826 en el templo de N.S.A.:

*“Salve de Dios escogida, Reina de la tierra y cielo.
Que para nuestro consuelo aquí fuiste aparecida”*⁴⁹.

Ese hecho, ser hallada o aparecida, pareciera ser insignificante, pero realmente no lo es, la aparición supone que lo sagrado se ha hecho presente en la vida del hombre para favorecerle, por medio de la aparición el hombre toma contacto con lo sagrado.

Por medio de la oposición de un ser sobrenatural, el hombre “conoce” la voluntad del ser divino y toma como arquetipo el ser que se le aparece.

Para un hombre preocupado por la trascendencia era de suma importancia tomar contacto con lo sagrado, de allí que desde lo más recóndito de su subconsciente deseara comunicarse con la divinidad.

Fue precisamente este deseo lo que lleva a admitir en forma indiscutible que la imagen había aparecido.

Por el contrario, cuando se habla de hallazgo, se niega la participación divina en el hecho que da origen a la leyenda. Aquí se sugiere que el descubrimiento se ha dado gracias a la intervención de seres humanos, claro está que para el creyente del período esto era algo que rayaba en la herejía.

En el transcurso de este siglo hay algunos sacerdotes que han optado por esta última explicación. Entre ellos el más digno de tomarse en consideración es monseñor Víctor Ml. Sanabria, quien en su libro *Beatae Mariae Virginis Angelorum*, señalaba que en 1635, en el centro de Cartago, vivía una élite de españoles y criollos y en los alrededores de esa población se encontraban pardos, indios y mestizos, quienes vivían en forma aislada por los montes, cosa que no convenía, ni a las autoridades civiles, ni a las eclesiásticas, por lo que:

“Era de necesidad fabricar una hermita para ellos y poblarlos al alcance de la solicitud pastoral del párroco, y conociendo como debía conocer el P. Baltazar de Grado la psicología de aquella gente, no es imposible que halla hechado mano al piadoso recurso de colocar una imagen en el sitio escogido para la población, para despertar el interés

Si se toma en cuenta la política de reducciones auspiciadas por la Iglesia durante el período colonial, se puede llegar a afirmar que lo afirmado por monseñor Sanabria es bastante probable.

Partiendo de la cita anterior se podría afirmar que es luego del hallazgo de la V.A. cuando la población de alrededor de Cartago se empieza a cohesionar en la Puebla de los Pardos. Esto se confirma con dos documentos posteriores. El primero está fechado el 3 de enero de 1676 y en él Lucas Cervantes, Antonio Bustos y Julián Gaspar, en nombre de los mulatos, negros y mestizos vecindados alrededor de Cartago, piden se les conceda las tierras que habitaban para así morar en ellas; los cabildantes teniendo en cuenta lo útil de tener unidas a dichas personas accedieron a la petición ⁵¹.

Un segundo documento lo aporta monseñor Thiel, cuando al comentar la visita del obispo Morel de Sta. Cruz, señala que éste, al relatar su visita a Cartago, indica que para 1751 la población, que antes estaba dispersa, había empezado a concentrarse en un pequeño villorio ⁵².

Como puede verse, las pruebas históricas dan base para poner en tela de duda la leyenda; la persona que encontró la imagen no vivía en la Puebla de los Pardos, porque ésta empezó a formarse como núcleo de población hasta fines del siglo XVII.

Con respecto del hallazgo, existen dos posiciones, hay quienes afirman que es gracias a la acción de lo divino que aparece la imagen, y otros son de la opinión que fueron seres humanos, quienes llevados por sus propios intereses, hicieron posible la aparición de la imagen. Desafortunadamente, faltan pruebas documentales para profundizar en la desmitificación de este suceso en particular.

Ante la duda que se plantea, se abre una enorme disyuntiva, creer o no creer; la religión es un acto de fe y para el piadoso devoto de nuestro período, no existe la menor duda que la imagen apareció.

Uno de los aspectos medulares que hay que desmitificar es el de la fecha de la aparición. Si bien para 1935 se empezó a dar por un hecho que la imagen había aparecido en 1635, aun hoy el hecho permanece en el más oscuro misterio y nada puede afirmarse en ese sentido.

Incluso antes de los festejos tricentenarios no se daba a 1635 como el año de la aparición de la imagen. Para corroborar esta afirmación será necesario retomar cronológicamente la opinión de curas y laicos que se han referido al culto de N.S.A.

Antes de 1935, no existe un solo documento que dé por válido el 2 de agosto de 1635 como fecha de hallazgo, todo lo contrario la mayoría de los documentos, tanto del siglo pasado como del presente, hablan que el suceso en cuestión se dio el 2 de agosto de 1643 ⁵³.

Bernardo Augusto Thiel, agudo conocedor de la historia eclesiástica del país, en sus **Datos cronológicos para la historia de Costa Rica**, aparecida en fragmentos en distintos números del **Mensajero del Clero**, en el año 1897 afirmaba que la imagen había aparecido entre los años 1635 y 1638 y que aunque dudaba del año exacto, no le cabía la menor duda que había sido precisamente el día 2 de agosto ⁵⁴.

Un año después monseñor Thiel se contradecía a sí mismo, ya que afirmaba que la imagen había aparecido el 2 de agosto de 1630 ⁵⁵.

No debe creerse que al aproximarse la fiesta de la coronación de la Virgen (1926) ya se daba por un hecho la fecha de 1635, nada de eso. En un triduo aparecido en el año 1925, aún se seguía admitiendo que 1643 era el año del hallazgo ⁵⁶.

Hasta aquí vemos que se había aceptado el año 1643 como fecha de partida del culto, o sea, tres años después de construido el templo, lo que da base para indicar que perfectamente se pudo construir primero el templo y luego el origen de la leyenda.

Con motivo de la fiesta de la coronación el presbítero Octavio Castro Saborío pronunció un panegírico, en el cual decía que el año de la aparición, había sido el de 1638 ⁵⁷.

Igual fecha manifestó el Episcopado costarricense de ese mismo año ⁵⁸.

Un año antes de la fiesta tricentenaria no se tenía ninguna certeza al respecto, sino léase lo que por aquellos días señalaba monseñor Sanabria:

“La imagen fue hallada en agosto, no sería en 1637 durante la visita del señor Núñez Segredo, porque dada la importancia que en aquellos

*tiempos se daba a las visitas pastorales, la tradición no había dejado de consignar ese detalle. Sería pues en 1636 o en el año anterior. No es probable que los 'vecinos seculares' hubiesen dejado pasar mucho tiempo sin intentar la edificación"*⁵⁹.

Como se ve no hay claridad en lo apuntado por Sanabria y no existe ningún documento con el que se pueda probar fehacientemente que fue en 1635 cuando sucedió el hallazgo. Posteriormente se analizará por qué a mediados de la década de 1930 se tomó este año como el del hallazgo.

Es necesario centrarse en la persona que encontró la imagen de N.S.A. Al igual que en otras partes, la imagen la encontró una persona sencilla. Este suceso tiene gran significado, ya que el hecho de que el objeto sagrado sea encontrado por alguien del pueblo revela la necesidad que éste tiene de tomar contacto con lo sagrado⁶⁰, para protegerse así de las adversidades diarias. Estableciéndose así una relación directa entre el hombre y lo sagrado, dejando de lado a la Iglesia.

Al tratar de conocer quién fue la heroína del hallazgo, la incertidumbre es similar al caso antes analizado.

El bachiller Osejo señaló que fue una niña la que halló la imagen⁶¹; otros, como el presbítero Miguel Bonilla, afirman que fue una mujer⁶². Posiblemente la incógnita andaba rondando el ambiente previo a los festejos tricentenarios, como se deduce de la opinión de monseñor Sanabria, que decía:

*"... más increíble es que una señora de respeto se internara por aquellos breñales, que no una moza"*⁶³.

Si se quiere descubrir la etnia de la niña o mujer del hallazgo, las contradicciones no son menores, por ejemplo, el presbítero Miguel Bonilla afirmaba que había sido una mulata⁶⁴, en tanto Víctor Ortiz sólo dice que era una mujer sencilla⁶⁵.

En cuanto al nombre de la autora del hallazgo, debe decirse que ninguno de los documentos antes citados indica ni uno.

Es precisamente monseñor Sanabria el encargado de bautizar con trescientos años de atraso a la mujer del suceso:

"¿Cómo se llamaría la mulata del hallazgo? Históricamente lo ignora-

mos, pero sí la queremos bautizar y en el supuesto de que el P. Sandoval haya sido el famoso 'cura', yo propondría que le impusiésemos el nombre de Juana, pues en el padrón del pueblo de San Juan de Herrera, el 13 de julio de 1638 figura una viuda Juana Pereira con don Alonso de Sandoval”⁶⁶.

Con respecto del nombre del cura de la leyenda, Sanabria cae en serias contradicciones, aunque una vez se inclinó por el presbítero Lope Chavarría, no descartó la posibilidad de que fuera Baltazar de Grado o Alonso de Sandoval, quienes vivían por ese entonces en Cartago⁶⁷.

Como se ha visto, la leyenda está plagada de una atmósfera mítica, en la cual datos confusos y sin ningún respaldo histórico van hilándose en la mentalidad de los costarricenses, hasta que se cohesionan después del fin de nuestro período, en una leyenda que llega hasta nuestros días.

Al pasar el tiempo, un mito, y las prácticas fetichistas generadas en torno a él, hicieron que el culto fuera adentrándose en la mentalidad de los costarricenses.

Para conocer cómo sucedió este proceso fue necesario someter a análisis de contenido doscientos documentos, a través de los cuales se estudió ideológicamente el culto que nos ocupa.

La Iglesia trató desde los primeros años de nuestro período de ir centrando la devoción de los costarricenses en el culto de la V.A. Esto se dio con más fuerza a fines del siglo pasado (por motivos que ya se han señalado y que luego se analizarán más a fondo), sino léase la nota siguiente aparecida en el **Unión Católica**, en el año 1897:

“Una vez ordenada la procesión presidida por el muy digno Cura de aquella parroquia, Presbítero D. Juan de Dios Trejos, comenzó a andar magestuosa y lentamente en dirección oeste. La amada imagen de la Reina de los Angeles, deslumbrante de oro y de rica pedrería apareció en alto sobre la plateada azucena sostenida en hombros de sacerdotes. Cual aparición celeste vino a ser el blanco o el foco a donde fueron a concentrarse todas las miradas”⁶⁸.

A través de este tipo de mensajes se le indicaba al creyente que la imagen de N.S.A. debía ser el centro del rito religioso, es por eso que en ella debían volcar toda su fe, elevándole sus plegarias debido a que:

“La Sagrada imagen de Nuestra Señora de los Angeles es el imán de todos los corazones fervientes, el faro de nuestras esperanzas” ⁶⁹.

Pero he aquí que no sólo se trataba de inculcarle a los creyentes la devoción en la imagen, sino que también se les decía cómo rendirle veneración:

“A la Basílica perpetua llegaron los costarricenses y los que conviven con nosotros bajo el techo hospitalario de nuestra Patria, a postrarse de hinojos ante la imagen venerada de la madre de Dios” ⁷⁰.

Con ello lo que se buscaba era fortalecer esa relación de supeditación entre el hombre y lo trascendente.

Al fortalecer el culto, cobró más fuerza aún la dependencia del hombre respecto de su arquetipo, ya que el creyente hará depender de él toda su situación real y se resignará ante los males que le aquejan en la vida terrenal.

Al incentivar el culto a la imagen se le fueron dotando de ciertas propiedades, con lo que se busca inculcar en la mentalidad de los creyentes, que la imagen tenía vida y que, por lo tanto, era susceptible a los ruegos y plegarias de los hombres. Manuel de Jesús Jiménez, comentando el fervor con que los cartagineses de inicios de nuestro período rendían culto a la Virgen de los Angeles, decía que éstos:

“Amaban con extrañable afecto ese símbolo de su fe final adoctrinados en su amor rendíanle culto con aires de idolatría. Para el vulgo la imagen era viva, para todos la imagen era venerable” ⁷¹.

Entrado este siglo esas creencias supersticiosas no desaparecieron, como extraemos del comentario de la señora Ma. Cristiana Q. de Carr, en el cual llamaba a la virgen:

“... talismán incomparable. . . dama del gnomo” ⁷².

Ante esa mezcla de elementos religiosos y profanos, no faltó quien, como monseñor Rubén Odio, levantara su voz para criticar esa superchería en torno de la imagen de la Virgen de los Angeles. Más duramente criticaba a aquellos que creían que la imagen estaba viva y a los que utilizaban pedacitos de la piedra y el agua de la fuente con fines maléficos y supersticiosos, puesto que esto convertía la devoción de Nuestra Señora en un culto diabólico ⁷³.

Estas creencias son producto de un sincretismo religioso, en donde ideas profanas y sagradas se mezclan abigarradamente.

Con el objeto de separar tajantemente lo profano de lo sagrado, la Iglesia trató por todos los medios de irse adueñando del culto, para así canalizar la fe del creyente y servir como mediadora, a través de los ritos eclesiales, entre el hombre y lo sagrado. El mismo Morel de Santa Cruz, al consagrar la imagen por allá del siglo XVIII, prohibió que la imagen la tocaran los seglares ⁷⁴.

En 1782, cuando Esteban Lorenzo Tristán se percató que en el aposento adjunto al templo de N.S.A. se daban toda clase de jolgorios, movido por ese deseo de separar lo profano de lo sagrado, ordenó que durante los festejos la imagen fuera sacada de su templo y trasladada a otro, esto sin ser tocada por los seglares ⁷⁵. Este acto con el paso del tiempo sería conocido como "la pasada".

Las medidas dictadas por Morel de Santa Cruz y Tristán buscaban separar a los laicos de la imagen. Esto hace recordar aquellas creencias de los pueblos primitivos, según las cuales tocar el elemento sagrado era toda una interdicción y el que así lo hiciera cometía una grave falta.

La Iglesia al tratar de colocar bajo su dominio el culto, buscaba separar lo profano de lo sagrado, y para ello introducía una especialización en roles religiosos, mediante los cuales cada vez más se iba relegando al laico a un segundo plano.

Pero no es sólo propagando el tabú de que la estatuilla no puede ser tocada, como la Iglesia trató de ir tomando en sus manos el culto, otro ejemplo de este deseo lo es la oposición constante de esta institución, o los enmascarados que se presentaban en la pasada. Los disfraces que se exhibían con motivo de este acto iban desde indios, hasta los que se disfrazaban de animales. Muchos de ellos se disfrazaban para pagar una promesa.

Dado que, pese a las órdenes emitidas por la Iglesia en el sentido de eliminar las mascaradas, esta sencilla manifestación de fe continuó abigarrada entre los devotos de la imagen, por lo que no faltaron comentarios como el siguiente, en que se atacaba duramente a los enmascarados:

"Al lado de las graciosas cholitas, de apuestos caciques, disfraces que gustaron por su significación histórica, de niñitos vestidos de jardineros y de ángeles, venían figuras verdaderamente repugnantes y que da-

ba miedo hasta acercárseles por temor de encontrar un poco de microbios, quien sabe de qué enfermedad, tales eran los harapos que ahí se lucían esto sin contar las mujeres con levitas y otros disfraces no menos ridículos” ⁷⁶.

Aunque en nuestra investigación sobre el culto de la Virgen de los Angeles no lo hicimos, sería interesante abordar más a fondo esta manifestación de fe y tratar de descubrir todo lo que ella encierra, puesto que incluso puede llegar a ser una forma de protesta ante los cánones de la Iglesia jerárquica. Pero eso debe ser motivo de una mayor investigación y, por lo tanto, no se abordará aquí.

Llegados a este punto, es preciso señalar que pese a todos los intentos realizados por la Iglesia Católica para tomar en sus manos el culto, sólo lo pudo lograr en los aspectos relacionados con el ritual religioso. Al final del período bajo estudio las explosiones de fe sencilla de las masas, en donde había una abigarrada mezcla de lo profano y lo sagrado, no habían sido eliminadas.

A continuación se hará referencia a otras formas en que el creyente ha manifestado su devoción a la Virgen, concretamente se enunciarán tres: una regional que podría llamarse la manifestación de Llano Grande de Cartago y otras dos que paulatinamente fueron convirtiéndose en nacionales, las romerías y las fiestas agostinas.

Con respecto de la primera, cuenta la leyenda que el día 6 de junio de 1877 los terrenos del padre Chavarría se vieron azotados por una plaga de chapulines que amenazaba con destruir los sembrados, ante eso los vecinos del lugar pidieron al cura de Cartago, Juan Ramón Acuña, permiso para llevar a Llano Grande una imagen peregrina de N.S.

Una vez solucionado el problema, según los devotos por medio de la acción de la Virgen, quedó en ellos la costumbre de llevar una imagen peregrina, casa por casa, para que así todos los moradores de esa región contaran con la protección de N.S.A. ⁷⁷.

En relación con las romerías, es difícil indicar el año exacto en que comenzaron a darse, lo que sí es cierto es que ya para 1782, cuando se dio la visita de Esteban Lorenzo Tristán, ya se decía que las romerías se daban desde mucho tiempo atrás.

Será hasta este siglo que los romeros empiezan a llegar a Cartago con

más asiduidad, esto por la existencia de mejores facilidades de acceso hacia la vieja metrópoli y por la acción constante de los sacerdotes en procura de fortalecer el culto.

La romería es una manifestación masiva, en la cual la caminata emprendida es una especie de sacrificio que se ofrenda al arquetipo. La marcha es una forma de expiar las culpas, que agobian al devoto de la imagen.

Detrás de la romería se encuentra una especie de ascetismo, ya que el creyente al emprender la caminata acepta lo duro de ella y la purificación que se pretende alcanzar se logra gracias al esfuerzo realizado y a la fe depositada en el acto.

Antiguamente se realizaban romerías a lo largo de todo el año, las cuales frecuentemente se organizaban por parroquias. En la caminata algunas veces iban filarmonías, se entonaban cánticos y se rezaban oraciones.

También había la costumbre de apostar en la carretera a personas encargadas de resguardar el orden público y atender a los caminantes, en algunas ocasiones se acostumbraba que las autoridades civiles y eclesiásticas salieran con una banda militar y la V.A. a recibir a los romeros.

Sin duda alguna, lo más impresionante de todas las manifestaciones son las fiestas que en el mes de agosto se efectúan en honor de la Virgen. La fiesta es el tiempo de lo sagrado, en donde el hombre tiene mayores facilidades para tener un contacto más directo en lo divino.

Es el momento cuando el devoto piadoso se hace la idea que sus ruegos pueden ser atendidos con más esmero y prontitud ⁷⁸, cuando al menos teóricamente, ya que como veremos luego, no todos utilizaban el tiempo de lo sagrado para purificarse y expiar sus culpas.

Clérigos y laicos trataron de corroborar esa opinión de Cazeneuve, haciendo creer que la fiesta era un período de puritanismo y santa devoción, esto queda muy bien expresado en la opinión de Rafael Otón Castro, cuando al referirse a las fiestas tricentenarias decía:

“Fueron aquellos días de profunda espiritualidad, de recogimiento, de santo entusiasmo” ⁷⁹.

Aunque no puede negarse que entre los más fieles existía recogimiento y devoción, esto no sucedía con todos por igual.

La reconstrucción histórica de las fiestas fue algo bastante difícil, ya que si bien los libros de Data arrojan algunos datos en este sentido, éstos son bastante escuetos y no ofrecen ninguna descripción pormenorizada de las fiestas agostinas.

En estos festejos existía la costumbre de realizar vistosos juegos de pólvora, corridas de toros y sarao; los oficios religiosos, se repetían constantemente, los sacerdotes se revestían para dar las misas y participar en las procesiones. También se acostumbraba que un sacerdote de renombre dijera, en una de las misas, un panegírico en honor a la Virgen a la hora del sermón.

La música que se entonaba en los festejos era bastante sencilla y corría a cargo de músicos contratados para tal fin. Las fiestas duraban todo un mes y cada día corría a cargo de una persona encargada, que recibía el título de mantenedor. Una mejor descripción de estas fiestas en la primera mitad del siglo XIX la da el señor Ventura Leandro:

*“ . . . lo que más me llamaba la atención en las fiestas destinadas a la Virgen no eran los toros ni las guerillas, pero sí la gran procesión de la Pasada, con su cortejo de indios y de mulatos, sus esclavos y salvajes de la gran devoción – hoy perdida – con que asistían las gentes venidas de todas partes y en sus carretas recién pintadas recubiertas con lonas nuevecitas venidas por Puntarenas o bien montadas en yeguas lujosamente enjaezadas. . . ”*⁸⁰.

Una crónica posterior aclara que las guerillas que cita el señor Leandro eran un simulacro de enfrentamiento entre moros y cristianos, los cuales se exhibían con sus vestimentas por las calles de Cartago⁸¹.

Según cita el mismo señor Leandro, por aquellas épocas había la costumbre de sacar una imagen peregrina y visitar barrios y pueblos lejanos, haciéndose acompañar por músicos, que tocaban distintas melodías al son de guitarras, violines y chirimías. También se acostumbraba que al final de la reunión, que se tenía en cada casa, se entonara la siguiente cuarteta:

*“Agora dice la vieja
Oh que viejo tan malvado
tanta gente que ha venido
sin haberla convidao”*⁸².

De esos rústicos versos, salidos de la inspiración de alguien del vulgo,

se puede deducir que una gran cantidad de personas acompañaban a la Virgen en sus desplazamientos.

Pasado 1880 y fundamentalmente a fines de esa década, los diarios empezaron a colocar anuncios alusivos a las festividades cartaginesas, se sucedían repetidamente los anuncios donde se daba a conocer el horario especial de los trenes que comunicaban Cartago y San José con motivo de los festejos ⁸³. Estos servicios poco a poco fueron aumentando, para así favorecer la gran afluencia de personas que asistían a las fiestas, lo que es un indicio de que el culto empezaba a cobrar fuerza fuera de Cartago.

Luego de 1882 comenzaron a anunciarse los negocios que se abrían en la vieja metrópoli con motivo de las fiestas agostinas, como por ejemplo, el anuncio aparecido en **La Gaceta** de ese año, en donde De Benedictis y Seripanti avisaban que siempre dispuestos a favorecer a sus clientes habían decidido abrir una cantina y un restaurante donde vendían magníficos licores a precios módicos ⁸⁴.

El aviso de comerciantes que expandían sus negocios ⁸⁵ y de otros donde se anunciaban la existencia de un hotel y casas de alquiler, era señal de que las fiestas empezaban a ganar fama fuera de Cartago y que en ellas concurrían personas de alcurnia, como se deduce de la siguiente nota fechada en 1881, en la que decía que las fiestas habían estado:

“... extraordinariamente concurridas por familias selectas de las demás provincias” ⁸⁶.

Luego de la década de 1880 empezaron a asistir a las fiestas miembros de las clases dominantes y los gobernantes de turno, quienes veían que su presencia en los festejos podía ayudarles a ganar una mayor imagen a nivel popular. El acto religioso era aprovechado por muchos políticos con fines no precisamente religiosos.

A fines de siglo, las fiestas eran mucho más fastuosas, a la par de los juegos artificiales, los toros, los bailes y demás actos religiosos, se había introducido una alegre diana, funciones liricodramáticas, retretas y actos de prestidigitación ⁸⁷.

Con anterioridad se vio cómo curas y laicos adherentes al culto trataron de hacer creer a los devotos de la Virgen que en las fiestas todo era fervor religioso.

Sin embargo, eso no era del todo cierto. Unas cuantas citas sacadas de diarios de la época corroboran esta afirmación. La misma crónica alusiva a la visita de Esteban Lorenzo Tristán comprueba que en los festejos agostinos no era precisamente una santa devoción lo que imperaba. Para contrarrestar esa idea hay que empezar primero por referirse a los juegos de azar. Para 1895 la presencia de estos juegos estaba plenamente consolidada dentro de los festejos agostinos, los cuales no eran bien vistos por el corresponsal del **Unión Católica**, quien decía al comentar las fiestas:

“... y lo que más sentimos es que en esos tres días se dan cita los jugadores de toda la república para reunirse y explotar a todos los desgraciados que caen en sus manos (. . .) Pensábamos que nunca se volvería a dar el triste espectáculo de que a los menores de edad se les viera en esos focos de corrupción que llaman casas de juegos, nos figuramos que ya esas ladroneras, que en realidad lo son, no volverían a cerrar el paso al honrado campesino o comerciante o niño con la tentadora esperanza de una ganancia que no lo es”⁸⁸.

El texto es bastante elocuente, razón por la cual lo que allí se señala no se comentará más a fondo. Pero he aquí que una crónica de 1925 nos dice que no sólo eran individuos de las clases desposeídas los que se entregaban a este vicio, sino que también lo hacían personas de una sólida posición económica⁸⁹.

En las fiestas tampoco faltaba el licor, éste era uno de los invitados principales. Los efectos de su presencia ya se notaban desde 1896, ya que podían verse:

“Infinidad de jovencitos imberbes paseándose por las calles, lanzando gritos destemplados producidos por el abuso del licor”⁹⁰.

A fines de nuestro período, el mal en vez de desaparecer iba en aumento, como lo señalaba en 1924 un reportero de **La Tribuna**, que decía que además de las diversas atracciones:

“... el pueblo liba sin misericordia”⁹¹.

Aunque había personas que asistían a los festejos agostinos profesando una gran fe, no todos hacían lo mismo, como inferimos del comentario aparecido en el **Diario de Costa Rica**, en el año 1897, en el cual se indicaba que en el baile de mascaradas, no había una sola mujer:

“ . . . toditos son del sexo feo. . . viendo damas (por el vestido) de cuerpos atléticos y nervudos de entero seso, nerbudos brazos y piernas, desmesurada planta de talla al ras, o sea de una sola pieza sin redondeos ni curvaturas, manos propias para el arado; en una palabra cuerpos con todas las imperfecciones inherentes a nuestro sexo feo, verdaderos marimachos, bailoteando grotescamente con otro falso gurumino y tendrá usted idea de esa desabrida anomalía ”⁹².

Los documentos citados rechazan la idea que se tenía en el sentido que los festejos en honor de la V.A. estaban llenos de espiritualidad, recogimiento y santo entusiasmo.

En el culto de la V.A. tomaron cuerpo, con el paso del tiempo, una serie de manifestaciones religiosas y profanas, que en la mayoría de los casos fueron impulsadas por la misma Iglesia Católica.

C. LA VIRGEN DE LOS ANGELES Y LA NACIONALIDAD COSTARRICENSE

En este apartado se busca dejar claro cómo el culto en mención fue impulsado por distintos grupos sociales, para consolidar su posición hegemónica dentro de la sociedad costarricense, pudiendo identificarse, ya a finales del período en estudio, que el culto de la Virgen de los Angeles formaba parte de nuestra nacionalidad.

Sin embargo, para entender más claramente, lo que anteriormente hemos enunciado, es necesario indicar el rol desempeñado por la Iglesia Católica como aparato ideológico del Estado, ya que ésta a través de toda su línea pastoral buscó mantener el status imperante en la sociedad costarricense de aquel entonces, y en este sentido manipuló, como se verá posteriormente, el culto de N.S.A.

Como podrá deducirse de lo expuesto, lo que se busca es ubicar el culto bajo estudio, en medio de una serie de situaciones sociopolíticas y económicas, que son las que hacen posible explicar el porqué de la identificación culto de la V.A. y nacionalidad costarricense.

No se trata de una explicación del hecho religioso en sí mismo, sino que se parte de la aceptación de que las distintas expresiones ideológicas que conforman nuestro objeto de estudio son el reflejo mecánico de un determinado contexto histórico, que es el que efectivamente explica aquellas manifestaciones. Es por eso que para poder comprender mejor dichas prácticas y

creencias ideológicas, es necesario estudiar pormenorizadamente el contexto de la cual surgen.

Para poder comprender, en una mejor forma la vinculación entre el culto de la V.A. y la sociedad costarricense, es necesario dividir el presente apartado en dos subtemas; en el primero se analizará la evolución histórica del culto y cómo éste ha sido impulsado por distintos grupos sociales de acuerdo con sus propios intereses, y en el segundo se enunciará cómo la devoción que se analiza ha contribuido a mantener el statu quo dentro de la sociedad costarricense, indicando cómo la Iglesia contribuyó a difundir el mito de la igualdad de clase dentro de la sociedad costarricense.

1. *SINONIMO DE NACION – SINONIMO DE PATRIA*

Aunque hay quien afirma que fue hasta pasado el año 1821 cuando empezó a gestarse la nacionalidad costarricense⁹³, por nuestra parte se afirma que esto no es cierto, ya que desde mediados del siglo XVIII, empezaron a utilizarse una serie de nociones como patria, país, paisano, que son constitutivos de un sentimiento de identificación nacional y los cuales desde la fecha citada eran conocidos y utilizados en la provincia de Costa Rica⁹⁴.

A fines de ese siglo expresiones como patria y paisano tenían un nuevo significado, quienes las utilizaban denotaban en su uso que tras ellas se escondía una unidad de gentilicio, cosa que se pudo corroborar en gran cantidad de la documentación consultada.

Dentro del material recolectado sobresale el libro donde se consigna la visita pastoral realizada por monseñor Lorenzo Tristán a la provincia de Costa Rica, en el año 1782. En dicho libro en diversas ocasiones se hace referencia a las palabras patria, país y paisano, y se puede deducir muy claramente cómo ellas van teniendo un significado especial para un grupo de criollos cartagineses; que, al antagonizar con los representantes del “poderío” español en la provincia, empezaron a alentar bajo un tenue ideal protonacionalista, el deseo de ser libres.

Una muestra de la utilización de esos vocablos la da el presbítero José Ant. Bonilla, nacido en Cartago y sacerdote de sólida posición económica, quien al ser nombrado en el cargo de maestro de primeras letras en la escuela adjunta al templo de N.S.A., decía que esta designación la había aceptado “. . . por la causa pública y utilidad instructiva de sus compatriotas”⁹⁵; y además porque deseaba “. . . sembrar todas sus noticias (aunque cortas) en los corazones del país”⁹⁶.

Aunque podría surgir la duda, que estos vocablos sólo los utilizaban criollos cultos, esta inquietud queda disipada en una serie de documentos posteriores, en donde, si bien con ambigüedad en cuanto a su significado, estos términos ya empezaban a ser utilizados por personas de estirpe humilde, como se puede observar en el documento alusivo al alegato sostenido entre Joseph Lorenzo Blanco y Joseph Muñoz, en el cual el primero solicitaba que Muñoz fuera sacado de la vecindad, ya que si los dos seguían habitando una misma patria podían entrar en un enfrentamiento directo ⁹⁷.

Hay que aclarar que la difusión de esos términos no garantiza, desde ningún punto de vista, que hubiese uniformidad en cuanto al radio geográfico que éstos abarcaban, eso queda bastante claro en la cita anterior, para las personas de más bajo nivel cultural la patria era la ciudad, para los de más alto abolengo la patria empezaba a ser la provincia de Costa Rica; aunque hay que señalar que por lo menos para fines del siglo XVIII esto no era aún claramente detectable en la información consultada. Lo que sí es cierto es que el concepto de patria que empezaba a manejarse en aquel entonces reunía detrás de sí toda una serie de elementos socioeconómicos y culturales, además del apego a un mismo lugar geográfico.

Con el correr del tiempo, esa cohesión protonacionalista, no solo era palpada por quienes vivían en la provincia, sino también por personas foráneas a ella, como queda demostrado en la carta que le dirige el presbítero Rafael Baltazar de la Fuente al Gobernador de la Provincia, en donde al hacer referencia a los jóvenes costarricenses que estudiaban en León, los designaba bajo el gentilicio de "los costarricas" ⁹⁸. Por nuestra parte, es la primera vez en toda la documentación consultada que encontramos un gentilicio para denominar a los costarricenses.

Hasta aquí hemos observado como ha venido desarrollándose un sentimiento protonacionalista, el cual a medida que avanzamos hacia 1821, tiende a consolidarse con más fuerza. Es necesario explicar, aunque sea muy brevemente, cómo surge éste.

Debido a que Costa Rica en la época colonial se abatió en medio de grandes penurias económicas, esto hizo que la Corona Española no le brindara una gran atención, lo que a la larga fue beneficioso una vez alcanzada la independencia.

Esa autonomía no solo alimentó ese ideal protonacionalista en un grupo de criollos que muy pronto se dieron cuenta que ellos por sí mismos podían llevar las riendas de su patria, sino también que alcanzada la indepen-

dencia, esa madurez política, que se había alcanzado a través de ese manejo autónomo, salvó al país de las guerras fratricidas a que se vieron sometidos el resto de países del área.

Fue en Cartago, precisamente, donde este fenómeno ayudó a reforzar ese sentimiento protonacionalista, a que hemos venido haciendo referencia. En este sentido no debe desestimarse que algunos vecinos de esta ciudad que habían acumulado capitales, gracias a las plantaciones cacaoteras, desearan tener una mayor cantidad de libertades, de las que ya gozaban, y anhelaban verse libres de la administración española.

En otras ciudades del Graben Central, como muy bien lo ha señalado el doctor Cerdas Cruz ⁹⁹, el desarrollo de una economía más dinámica, relacionada con el cultivo del tabaco y la caña de azúcar, hizo posible que las ideas liberales fluyeran con más rapidez y por ende alcanzaran un mayor arraigo, si se les compara con el que tuvieron en Heredia y Cartago.

La fundación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, en el año 1814, en la ciudad de San José, es una prueba palpable de lo anterior, ya que esta institución, bajo la dirección del bachiller Osejo, se constituyó luego de su formación en el centro difusor del ideario liberal.

El licenciado Vega Carballo anota otros factores, como lo son la unidad lingüística religiosa, la concentración de población en el Graben Central, además del cultivo del tabaco, son hechos que al darse dentro de un mismo tiempo y espacio geográfico y que, según su criterio, contribuyeron a fortalecer un sentimiento de unificación nacional ¹⁰⁰.

Si bien los sucesos arriba mencionados ayudaron a fortalecer ese ideal protonacionalista, no queda claro qué papel jugó en ese sentido el culto de la V.A. Eso se aclara a continuación.

Para 1782 en Cartago se gestó un hecho trascendental, la ciudad cambiaba de santo patrono. El apóstol Santiago, que hasta ese momento había ostentado tal título, lo perdía ante N.S.A. A simple vista un hecho intrascendente, pero si tomamos en consideración lo que hemos señalado anteriormente, vemos que ese cambio de santo patrono significa un rechazo a la dominación española; los criollos que buscaban no solo diferenciarse de quienes representaban a la administración española, sino también abolir todo vestigio de ella, no dudaron en hacer desaparecer ese patrono y optaron por tomar como protectora de la ciudad una imagen encontrada en las inmediaciones de Cartago, parte de lo que ellos consideraban su patria.

Aunque la V.A. representaba, para los criollos, una fusión con grupos a los que ellos consideraban inferiores, antes que nada ella representaba un ideal de patria, glorificada desde lo alto por la acción divina, para derramar sobre este terruño toda su acción bienhechora. Detrás de la dotación del título de patrona a la V.A., se escondía un ideal de liberación, alimentado por los criollos en relación con la administración española.

El mismo hecho que se destinaran a la escuela de primeras letras, adjunta al templo de N.S.A., sacerdotes que mostraron una profunda identificación con el suelo donde habían nacido, nos permite suponer que estos inculcaron sus ideales a los alumnos, ligándolo a la devoción de la citada imagen ¹⁰¹.

Otro hecho que corrobora la identificación entre culto de la V.A. y quienes en Costa Rica buscaban la independencia se ve en lo siguiente: ante los sucesos que vivía Centroamérica, los vecinos de Cartago acordaron el día 13 de octubre celebrar una misa de rogación en el templo de N.S.A., para que ésta les iluminara en la acción a ejecutar ¹⁰².

Aparentemente el suceso no tiene importancia, pero si se señala que el templo de N.S. no era la iglesia parroquial de Cartago, sólo podemos explicar este hecho mediante dos vías; por una parte, por el arraigo de la devoción entre las masas cartaginesas y, por otra, porque ésta significaba para los criollos un elemento conformador de su patria.

En el **Mensajero del Clero** de 1932, al comentar una exposición de objetos antiguos que se realizaba en Cartago, se decía que una de las mayores atracciones que allí se encontraba era una campana del templo de la V.A. con la que se había anunciado la independencia ¹⁰³. Esto no pudo ser comprobado históricamente, de haberlo hecho la argumentación sería similar a la anterior.

Una prueba más que puede ofrecerse para establecer esa vinculación entre la Virgen y la nacionalidad costarricense, viene a estar dada por el hecho que personajes que impulsaron nuestra independencia, y que posteriormente gravitaron en la vida política de la naciente república, tributaron culto de diversa manera a la imagen de N.S.

En ese sentido, merecen destacarse el bachiller Osejo, quien llegó a componer obras de honor a "la negrita" o de Gregorio José Ramírez, quien bautizó con el nombre de Virgen de los Angeles una de sus embarcaciones.

Los criollos cartagineses a través de un hecho religioso impulsaron un ideal protonacionalista, lo cual comprueba lo señalado por Lafaye: la fe religiosa y la nacional son interdependientes, una sustenta a la otra, la primera explica teológicamente a la segunda y esta vivifica la primera ¹⁰⁴.

Antes de seguir adelante, es necesario aclarar que si sólo se ha estudiado la incidencia del culto de la V.A. dentro del protonacionalismo cartaginés, se debe más que nada a que el culto de N.S. por aquellas épocas, no tenía el menor arraigo fuera de Cartago y, en segundo lugar, que el ideal protonacionalista que va surgiendo en las otras ciudades del Graben Central está íntimamente relacionado con los intereses del sector criollo que lo impulsa y se expresa mediante diversas formas y mecanismos que aquí no se analizarán.

Una vez alcanzada la independencia, aunque Costa Rica no se sumió en las guerras que asolaron a Centroamérica, esto no quiere decir que no hubo fricciones políticas y menos aún enfrentamientos armados, pues para 1823 estalla la primera guerra civil y en ella Cartago pierde el rango de capital, ganándolo para sí la ciudad de San José.

Ante eso, los ánimos empezaron a agitarse en algunos de los ciudadanos cartagineses, que no podían resignarse ante ese hecho, los cuales, percatándose de la enorme devoción que la masa de población tenía con respecto del culto de la V.A., planearon robar la imagen y hacer aparecer como responsables a los josefinos ¹⁰⁵, al ejecutarse el robo hubo una gran consternación entre los devotos a la imagen, como se deduce de la melodramática narración del presbítero Nicolás Carrillo:

“En el instante que se echó de menos se divulgó el suceso en toda la ciudad, y he aquí el catástrofe más funesto que se pueda imaginar entonces apoderándose generalmente de todos los corazones la confusión, el espanto y el horror, sucesivamente sobrevinieron las lágrimas con abundante y amargo llanto, se cruzaban por el aire los gemidos, los ayes, los auyidos y clamores envueltos en el dolor, la tristeza y el desconsuelo, los grupos de gentes que encontraban unos con otros turbados, melancólicos y despavoridos, corrían ya de aquí ya de allí, sin atinar adonde iban” ¹⁰⁶.

Con el robo de la imagen lo que se perseguía era enardecer las pasiones políticas del pueblo cartaginés a través de la fe religiosa, sin embargo, la tentativa fracasó, y más bien la situación fue aprovechada por los hombres de gobierno, quienes ávidos de sucesos que les permitieran unificar a la ciudada-

nía nacional, vieron allí una posibilidad de empezar a limar asperezas entre los grupos dirigentes de ambas ciudades. Es por eso que la municipalidad de Cartago, el día 9 de agosto de 1824, le cursó una nota a su homóloga de San José, para congraciarse y celebrar conjuntamente el hallazgo de la imagen ¹⁰⁷.

A su vez, la municipalidad de San José aceptó dicha invitación para así corresponder a la solicitud presentada:

“ . . . y los principios inculcados por el gobierno para establecer, estrechar y consolidar la armonía, mutua confianza, correspondencia y fraternidad entre los pueblos del Estado que si es tan recomendable en todo tiempo, es sumamente necesaria y conveniente en las presentes circunstancias. . . ” ¹⁰⁸.

En esa ocasión un suceso alrededor del culto a la V.A. sirvió para cohesionar a los grupos dominantes de las dos principales ciudades. El mismo decreto que dictó el Congreso, en el año 1824, señalando que N.S.A. sería en lo sucesivo la patrona de Costa Rica ¹⁰⁹, buscaba antes que nada eliminar las rivalidades existentes y así sobre bases más sólidas proceder a construir el Estado nacional.

Pero sobre todo, esta era una medida salomónica, para ese entonces la capitalidad de San José era algo confirmado, la única manera de eliminar los resentimientos de los cartagineses era cediéndoles el privilegio de que su patrona lo fuera de todo el país. A una ciudad se le reafirmaba su rango de capital civil y a la otra su función de centro de la religiosidad nacional.

El decreto buscaba apaciguar los ánimos cartagineses y así solidificar “los intereses nacionales”, esto en un primer sentido, ya que por otro lado el nombramiento de la Virgen de los Angeles como patrona de Costa Rica significaba deponer el último símbolo de la dominación colonial, la Virgen de Ujarrás, que hasta ese momento había sido la patrona nacional.

No pasó mucho tiempo, cuando nuevamente aparecieron tensiones políticas y el culto que nos ocupa volvió a verse mezclado en ellas. Para 1835 gobernaba el país Braulio Carrillo, quien con mano fuerte empezaba a sentar las bases del futuro Estado nacional. Algunas de las medidas dictadas exacerbaban a los ciudadanos más retardatarios de Alajuela, Heredia y Cartago, los cuales se pusieron en su contra, levantándose en armas, alcanzando las fuerzas insurrectas en un primer momento sitiarse San José, logrando posteriormente las tropas de Carrillo romper el cerco y vencer a sus sitiadores.

Los cartagineses, que habían traído al campo de batalla una imagen peregrina para encender las pasiones políticas a través de la fe religiosa, vieron perder en su retirada dicha imagen. Bastante se ha discutido si la imagen traída por las tropas cartaginesas era o no una imagen peregrina, nosotros nos inclinamos porque sí lo era, esto porque, según señala monseñor Sanabria, en los años que la imagen permaneció en San José, no cesaron de darse en Cartago fiestas en su honor, cosa que no hubiera sucedido si la estatuilla estuviera en San José.

Mucho más convincente es el dato que se encuentra en el **Libro de Data** de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles del año 1856, en donde se señala que la tropa cartaginesa, lleva a la guerra librada contra los filibusteros una imagen peregrina y no la original, hecho que pareciera confirmar, que era costumbre de los cartagineses llevar al campo de batalla una imagen peregrina.

Analizando más a fondo este suceso, es necesario plantearse, ¿por qué Carrillo retuvo la imagen en San José si esto podía enardecer aún más los ánimos de los devotos de la imagen?, cosa que en nada favorecería a su deseo de limar las asperezas existentes entre la ciudadanía costarricense, más bien esto podía ayudar a fortalecer el regionalismo cartaginés.

Hipotéticamente se podría pensar que Carrillo, dada su gran capacidad política, pudo percatarse que si detrás del culto de la Virgen se había aglutinado la población cartaginesa, perfectamente lo mismo podía ocurrir a nivel nacional.

Por aquellos años, ya se vislumbraba que alrededor de la actividad cafetalera se cohesionarían los intereses de las personas adineradas, dedicadas al cultivo en mención, el mismo Carrillo era un fuerte impulsor de esta actividad. Ante esa posibilidad, era necesario fortalecer un instrumento de cohesión ideológica entre los costarricenses y Carrillo palpó que el culto de N.S. podía ayudarle en ese sentido.

De acuerdo con esta posición, parece más convincente creer que en esa decisión de Carrillo pesó más que el deseo de retener la imagen como presea militar, que su proyecto de consolidar un Estado nacional apoyado no solo por josefinos, sino también por cartagineses. Unificando a los costarricenses en torno de una misma devoción, era más fácil aglutinarlos en torno de un ideal político.

Derrocado Carrillo, los ciudadanos de Cartago gestionaron ante Morazán la devolución de la imagen, a lo cual éste accedió pretendiendo así,

“... satisfacer la justicia y a procurar la buena armonía y buena inteligencia de las dos principales poblaciones del Estado, cuya sincera reconciliación no puede ser franca ni estable mientras existan monumentos que les recuerden sus pasados disturbios, quiere al mismo tiempo que el religioso pueblo josefino no carezca de una imagen a quien tributar su culto bajo el piadoso título de Nuestra Señora los Angeles, por lo mismo autoriza a usted como digno párroco que mande construir en el punto que lo crea más conveniente una imagen de dicha advocación cuyo costo pagaría el tesoro público hasta cantidad de \$100”¹¹⁰.

Es importante destacar dos aspectos presentes en el documento citado, en primer lugar que se vuelve a tomar a la V.A. como un elemento cohesionador de la sociedad costarricense, la cual en aquel momento estaba caldeada por el derrocamiento de Carrillo, cosa que no servía a los propósitos de Morazán, que deseaba una Costa Rica unida, que le sirviera de base para unificar Centroamérica y, en segundo lugar, hay que resaltar el hecho de que no porque se devolviera la imagen el gobierno de turno dejó de impulsar la devoción que nos ocupa, ya que como se extrae de la cita, éste ordenó que se construyera una réplica de ella, aportando él mismo la suma para tal fin.

La estatuilla fue devuelta a Cartago, pero tiempo después el Dean Calvo la trajo de nuevo a San José, como se deduce de una reclamación hecha en el año 1871 por los cartagineses para que les devolvieran la imagen que se encontraba en la parroquia de Guadalupe¹¹¹. Con la traída de la imagen se pretendía continuar fortaleciendo el culto fuera de Cartago. Medidas posteriores tomadas por otros gobernantes tuvieron igual finalidad.

Pero no sólo correspondió a los hombres de gobierno tratar de expandir el culto, la misma Iglesia Católica contribuyó veladamente también a eso. Es desde esa perspectiva que deben analizarse las indulgencias concedidas por monseñor Campoy y monseñor Llorente en 1848 y 1865, respectivamente¹¹², así como el título de Basílica Menor que Llorente obtendría para el templo de N.S.A. Títulos y privilegios que para un pueblo devoto contribuían a difundir la adhesión a la imagen.

Hasta aquí se ha dejado constancia del deseo de los grupos dominantes de expandir el culto fuera de Cartago y hacer creer que la citada devoción

era efectivamente nacional, vale la pena preguntarse, ¿desde cuándo el culto era efectivamente nacional?

Al remitirse a documentos cercanos al año en que el Congreso emite el decreto alusivo al patronato nacional, se puede observar que el culto era exclusivamente cartaginés, sino tómesese en consideración el discurso poético-apologético del presbítero Miguel Bonilla, quien señalaba:

*“Temán pues el castigo sino ocurren a María, implorando en amparo pues Dios en su defensa vela y su brazo está ya levantado. Alabad cartagineses, vosotros alabad a María en desagravio o el desprecio que le hizo el Congreso en su busto admirable sacrosanto”*¹¹³.

Nótese que el verso dice “Alabad cartagineses, vosotros alabad a María en desagravio” y en ningún momento se dice que deba alabarle el resto de los costarricenses, de lo cual puede extraerse que aunque el Congreso había decretado dos años antes el patronato de la V.A. sobre Costa Rica, el culto no era compartido en todo el país.

Esto se reafirma más, en una de las canciones que se empleaban en el templo de N.S.A., en el año 1826:

*“Ante ti todos postrados
De este fervor gran Señora,
De Cartago protectora
El corazón entregamos
Y con él todos te amamos
Con voluntad muy rendida
Que para nuestro consuelo, etc.”*¹¹⁴.

Se observa como en esta estrofa se resalta que la Virgen es protectora de Cartago, y en ningún momento se afirma que ella fuera protectora de la nación costarricense, como hubiera sido lógico, si a esas alturas el culto fuera nacional.

Para 1835 la situación no había cambiado casi nada, como lo demuestra lo apuntado por Sanabria, en el sentido que en los siete años que la imagen peregrina estuvo en San José no se le rindió ningún tipo de tributo¹¹⁵, cosa que demuestra la poca adhesión de los josefinos con respecto de la Virgen.

La falta de mención del culto a la V.A. en lo referente a los sucesos

bélicos de 1856-57, corrobora aún más la idea de que aún para esos años el culto tenía su centro tan sólo en Cartago.

En los proclamas de monseñor Llorente ¹¹⁶ y el presidente Mora ¹¹⁷ no se encuentra el menor indicio de que la imagen hubiera sido involucrada como protectora del ejército nacional. El historiador Rafael Obregón Loría, una de las personas más calificadas en el estudio de este episodio histórico, tampoco hace referencia en dos de sus obras consultadas a la citada devoción ¹¹⁸.

A través del **Libro de Data** de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles de 1856, se pudo comprobar que en ese año la tropa cartaginesa llevó una imagen peregrina al frente de batalla, y que en esa misma fecha monseñor Llorente permitió que los vecinos de Cartago efectuaran una ceremonia de acción de gracias, para que los ayudara a aplacar la peste del cólera ¹¹⁹.

Si hasta ese momento se había impulsado la idea de fortalecer el culto fuera de Cartago, ¿cómo era posible que el ejército costarricense, en la gran guerra patria, no se colocara bajo la protección de su Virgen patrona?

La respuesta es simple, la tarea impulsada por los gobernantes de turno y por la misma Iglesia Católica todavía no había calado en el resto del país, el culto para los años de 1856-57 seguía siendo mayormente cartagines, sino ¿cómo se explica la pregunta anterior y que tan sólo los cartagineses pidieran que se les permitiera tener una rogación a la Virgen, para ser liberados de los estragos del cólera, si este mal causó menos estragos en Cartago que en el resto del país?

Por otra parte, al regreso del campo de batalla en 1857, según la **Crónica de Costa Rica**, tan solo la tropa cartaginesa pasó a ofrendar el triunfo a la V.A. ¹²⁰, de las demás provincias no encontramos un gesto similar, ni en 1856 ni en el año posterior.

Pasado 1880 el culto empezaba a popularizarse fuera de Cartago, por lo que es necesario entrar a analizar el porqué de esto. Es muy posible que en ello incidieran una serie de factores, como lo son, en primer lugar, la apertura de la vía férrea, lo que permitió que al existir una buena vía de comunicación llegaran más personas a las fiestas agostinas que se celebraban en honor de la imagen y con ello creciera el número de adherentes al culto, en lo que respecta del resto de la ciudadanía cartaginesa.

En segundo lugar, está el hecho de que, ya para estos años, la burgue-

sía era hegemónica a nivel nacional y su radio geográfico de dominación se había expandido, lo que hacía posible que un culto impulsado por ella también abarcara una mayor extensión geográfica de la que tenía cincuenta años atrás.

Al respecto, es pertinente recordar que desde los primeros años de vida republicana las clases dominantes recurrieron a una serie de instrumentos ideológicos que le permitieran consolidar su posición hegemónica dentro de la población, ya que:

“Era en otras palabras indispensable que las mayorías laborantes concibieran el mundo como lo hacía y quería la burguesía cafetalera, que enmarcara sus pensamientos y sentimientos dentro de una estructura ideológica afín y que por esa vía se dejaran influenciar y conducir”¹²¹.

Para fines del siglo pasado la burguesía tenía en sus manos una serie de mecanismos, que a todo nivel le permitían mantener una posición hegemónica sobre el resto de la ciudadanía, es precisamente en ese sentido que deben comprenderse el fortalecimiento del sistema educativo y la Constitución de 1871, así como otras leyes surgidas en el pasado.

Señala el doctor Samuel Stone, que hacia 1880 la burguesía había comenzado a fraccionarse¹²². Esto posibilitó que fueran llegando al poder una serie de gobernantes influenciados por el pensamiento liberal positivista, quienes mostraban una posición netamente anticlerical. Este factor será el que, con mayor fuerza, hará posible que el culto se expanda a nivel nacional, veamos por qué.

Muy pronto esta fracción de la burguesía, que se presentaba como anticlerical, empezó a dictar leyes que se inmiscuían en aspectos que hasta ese momento habían sido propiedad de la Iglesia Católica.

La burguesía que lentamente había creado una serie de instrumentos ideológicos para sustentar su posición hegemónica, empezaba a conferir menor importancia a uno de sus aspectos ideológicos, la Iglesia Católica y por ende a la ideología religiosa. El sistema educativo y los mecanismos jurídicos empiezan a desplazar aquella forma de dominación ideológica.

Pese a ello, debe hacerse aclaración que en ningún momento hubo una ruptura tajante entre la Iglesia y el Estado, todo lo contrario, aquélla, pese a las discrepancias, continuó ejerciendo su rol como aparato ideológico al ser-

vicio de las clases dominantes, sólo que ya no era la única que desempeñaba ese papel.

Ante eso la Iglesia Católica reforzó ciertas creencias fetichistas en la mente de sus adeptos, como lo fueron las ideas de los poderes diabólicos de Satanás y las horrendas imágenes del infierno.

Al ver que se intentaba socavar su posición de privilegio, la Iglesia Católica intentó y logró mantener bajo su dominio a la masa de creyentes, no sólo difundiendo las ideas antes citadas, sino primordialmente impulsando con más fuerza el culto de la V.A. Fortaleciendo en torno a él una serie de manifestaciones plenas de idolatría y superstición.

Para una masa de población escasamente preparada y con una enorme preocupación por la trascendencia, las imágenes recreadas por la Iglesia Católica hacían que viviera sumisa a dicha institución. Por otra parte, ayudaba a ello que a la V.A. se le dotara de una serie de poderes sobrenaturales, con los cuales podía repercutir bien o mal sobre el accionar humano.

Por medio de esa dualidad, desasosiego y castigo para quienes se separaban de la Iglesia Católica, premio y bienaventuranzas para quienes la siguieran, ésta pudo mantener bajo su dominio a una masa de población mayoritariamente creyente, lo que le permitió seguir gravitando en forma bastante importante dentro de la sociedad costarricense de aquel entonces.

Dentro de ese deseo de la Iglesia de mantener su posición de privilegio, el culto de N.S.A. pasó a jugar un papel de primer orden y la Iglesia se valió de él, con miras a alcanzar el objetivo comentado y por todos sus medios buscó inculcar en la mente de sus seguidores que la Virgen de los Angeles estaba ligada a la historia de Costa Rica y que, por lo tanto, el culto a esta Virgen y la nacionalidad costarricense eran una sola cosa.

De hecho el deseo de inculcar esta identificación en cada uno de sus seguidores fue algo constante en los documentos emitidos por la Iglesia luego de 1880, como lo demuestra el hecho de que el estereotipo que da base al título de este subtema, apareciera en un 66 0/0 de la documentación oficial emitida por aquella institución.

Queriendo conocer el papel jugado en este sentido por tres de los obispos del período analizado (monseñores Thiel, Stork y Castro) procedimos a analizar los documentos que éstos publicaron alusivos al culto que nos ocupa y así se pudo detectar que quien más énfasis puso en lograr inculcar en

los creyentes la citada identificación fue precisamente monseñor Thiel (ver cuadro No. 11). Esto posiblemente por que fue durante su obispado cuando se dio una mayor tirantez entre la Iglesia y el Estado, sino veamos un ejemplo de ello:

*“Pero miranos desde tu excelso trono con tus bondadosos ojos, obtenga a todos tus hijos, a todos los que pertenecen a este país cuya patrona eres las luces necesarias para conocer la religión verdadera la fuerza moral de romper con las cadenas del vicio la constancia en el camino de la virtud”*¹²³.

Desde esta perspectiva se hacía creer al devoto que el culto era efectivamente nacional, y que gracias a él se borraban las diferencias geográficas, como podemos extraer del siguiente texto:

*“. . . no sólo de Cartago sino de muchos lugares de la República, siendo tan popular la devoción de la Virgen de los Angeles”*¹²⁴.

Otra forma de fortalecer la devoción fue haciendo creer que el culto era una manifestación ancestral, y como tradición tenía que ser respetada y conservada por todo aquel que se considerara costarricense:

*“La significación de esta hermosa festividad para nuestro pueblo cuya devoción a esta imagen ha sido tradicional durante muchas generaciones nos hizo prever la magnitud de la manifestación que se efectuó antier. . . la fe del pueblo costarricense se ha cristalizado durante más de dos siglos en esa imagen”*¹²⁵.

Conociendo la mentalidad del costarricense, como hombre sumamente apegado a las tradiciones, era lógico que la Iglesia impulsara la idea de adhesión al culto mediante el peso de la tradición. Quien no lo hiciera, no solo traicionaba un legado ancestral, sino que rompía con la idiosincracia costarricense.

A fines de nuestro período, cuando ya el culto era tradicional, el presbítero Alfredo Hidalgo explotaba ese hecho, cuando decía “Costa Rica y la Virgen de los Angeles son dos términos correlativos, son dos sonidos que se confunden en una misma armonía son dos amores que brotaron iguales y que palpitan al unísono, son dos rayos de luz que partiendo del mismo foco, sólo se dividen para mostrarnos los caminos de la tierra y la senda que lleva al cielo. Nuestra Señora de los Angeles forma el capítulo más importante de

la historia costarricense y lo mismo se mezcla con los episodios íntimos de la familia como en las grandes epopeyas de la vida nacional”¹²⁶.

Nótese que la vinculación que se pretende establecer entre la V.A y los costarricenses y como se refuerza esta relación, no sólo en los grandes hechos nacionales, sino también hasta en los pequeños detalles familiares.

Fue hasta cien años después del decreto del Congreso, que el culto efectivamente se constituyó en una manifestación religiosa practicada en casi toda la república, dos crónicas de esa época lo demuestran claramente, la primera aparecida en el **Diario de Costa Rica**, dice lo siguiente:

*“He aquí por qué consideramos que es trascendental para nuestro pueblo la significación de la solemne fiesta de hoy. Es la consagración de la fe basada en una leyenda ingenua y bella; es la glorificación de una obra y es la apoteosis de una idea que a través de los años ha estado unida al alma nacional”*¹²⁷.

La segunda gacetilla, que es aún más expresiva, está escrita por Rómulo Tovar, quien se confiesa liberal y dice así:

*“Es algo muy sencillo que se dirá bajo la impresión del último acontecimiento social y aún podría decirse político-religioso. Hemos visto desfilar grandes masas humanas hacia Cartago atraídas por el deseo de participar en la fiesta de la coronación de la Virgen de los Angeles. El hecho lo interpretará el sacerdote con satisfacción: es su obra, el resultado de un paciente trabajo por construir una alma religiosa nacional en este país mediante recursos superiores de fe profunda o de devoción”*¹²⁸.

De esta cita es importante destacar, por un lado el enorme aporte dado por la Iglesia Católica a la consolidación de la nacionalidad y al Estado costarricense, mediante el forjamiento de una fe nacional en torno al culto de la V.A. y, por otra parte, que el fortalecimiento de la devoción a la imagen no es tan sólo obra exclusiva de la Iglesia, sino también se debe a la labor de miembros de la clase dominante o por lo menos adeptos a ella.

Tomando en consideración el total de la documentación que sometimos a análisis de contenido (doscientos documentos), se observa que a través del quinquenio 1926-1930 curas y laicos centraron sus mensajes en inculcar en los católicos la idea de identificar culto a la Virgen de los Angeles y nacionalidad costarricense, esto debido a las serias tensiones por las que

atravesaba el país y en medio de las cuales la Iglesia veía surgir un movimiento, el comunismo que cuestionaba el papel que ella tenía por aquellos entonces.

La frecuencia con que apareció este mensaje ideológico puede observarse en el cuadro No. 5.

2. COMUNIDAD IDEAL – COMUNIDAD REAL

Con la detección de este estereotipo, se pretende indicar cómo el culto de la V.A. fue utilizado por los adherentes a la citada devoción para así difundir el mito de la igualdad de clase dentro de la sociedad costarricense, prestando de esta forma la Iglesia Católica una valiosa contribución al mantenimiento del statu quo.

Pese a lo anterior, eso no quiere decir que no se reconozca que la religión ayuda a conformar una comunidad ideal. Es comunidad porque integra alrededor de un hecho religioso a una masa heterogénea de hombres, es ideal porque existe en contraposición a una comunidad real¹²⁹. Desde este punto de vista, no debe negarse el poder de integración social que tiene la religión, puesto que en un acto religioso pueden unirse personas de diversas clases sociales.

En lo que resta de este artículo se demostrará la contradicción entre esa falsa integración dada por el culto de la V.A. y la diferencia de clases, que paulatinamente va dándose a lo largo de nuestro período y, por otra parte, se abordará el problema de cómo ese potencial integrador es manipulado con fines extrarreligiosos.

Por medio del culto a la V.A. se trataba de inculcar en la mente de los devotos de la Virgen, que en Costa Rica no existían diferencias de clase, sino léase el siguiente artículo aparecido en el año de 1926, en donde al comentar la marcha de los romeros hacia Cartago se decía:

“Los peregrinos en su mayoría eran mujeres, niños y hombres ya bastante entrados en años, figurando elementos de todas las clases sociales, hasta señoras acomodadas, con servicio propio de automóvil, que por promesa hicieron aquel sacrificio, que para todos los peregrinos lo fue de verdad dada la enorme distancia (22 kms) que hay de distancia de San José a la antigua metrópoli”¹³⁰.

El texto nos presenta una exaltación del potencial aglutinador del cul-

to, allí se llega a afirmar que bajo la protección de la Virgen se borran las diferencias de clase. En la distancia recorrida y por el sacrificio realizado, los hombres pasan a ser iguales y la masa de creyentes se unifica.

Aunque la crónica quiere fundamentar el mito de la igualdad de clase, más bien lo niega, puesto que de ella misma se extrae que esa supuesta igualdad, tan sólo tiene como base la fe y sus mismas palabras evidencian que sobre esa integración ideal pesaba una división socioeconómica.

No debe creerse que el mensaje en cuestión había surgido en este siglo, ya desde 1857 al comentarse en la **Crónica de Costa Rica** el regreso de los combatientes del frente de batalla, se decía que cuando los soldados pasaron al templo de N.S.A. aquello:

*“Era una escena patriarcal de familia que conmovía, que entusiasmaba y en donde se creía que no en apariencia, sino en realidad se dan nuestros compatriotas el cariñoso epíteto de hermanos”*¹³¹.

El autor se contradice consigo mismo, ya que aunque busca exaltar el poder integrador del hecho religioso, admite que esa unidad es tan solo aparente y sin consistencia real. Pero más que nada queda claro, que ya desde el siglo pasado tendía a difundirse la idea de que en Costa Rica todos efectivamente podían darse “el cariñoso epíteto de hermanos”.

A medida que avanzaba el siglo XX, se ve como al agudizarse las diferencias socioeconómicas entre los costarricenses, la burguesía y sus acólitos, en cuyas filas se encontraban muchos de nuestros más altos e “ilustres” preladados, se unieron y retomaron con más fuerza esa idea.

Nuevamente es Rómulo Tovar quien en su artículo ya citado, expone en forma sistemática esa vieja idea de la “gran familia costarricense” cuando señala:

*“El oro resplandeciente de una custodia hace temblar bajo el imperio de una misma devoción a una masa de hombres, y esto que es lo que hace sentirse siquiera por un instante al hombre hermano del hombre, que es lo que no sabe hacer el gobernante, ni el reformador social, sino fragmentariamente, en algún momento de la crisis histórica y de un modo prosaico”*¹³².

Esta gacetilla tiene una serie de aspectos que merecen ser destacados, porque en él un hombre de fines de nuestro período indica la potestad que

tiene el hecho religioso de unificar personas de distintas clases sociales. De la crónica merece comentarse, en primer lugar, que el mismo Tovar reconoce que ese aglutinamiento es de corta duración y, en segundo lugar, que esa unificación de personas se basa en la fe de los creyentes. Terminado el acto religioso desaparece la convergencia de clases.

Aunque la Iglesia difundió el mito que nos ocupa, eso no quiere decir que no se contradijera, porque existe una gran cantidad de documentos en donde esta institución no sólo admite la división de clases, sino que peor aún llega a bendecirla, indicando que ese orden de cosas fue instaurado desde lo alto.

Eso se puede ver claramente en el comentario que monseñor Stork publicó en el **Mensajero del Clero** en el mes de setiembre de 1912:

*“Los trabajadores no están contentos de su suerte y envidiosos aspiran a más alto deseando una quimérica igualdad de fortuna. De otra parte los privilegiados de la fortuna abusan de sus bienes y hasta se olvidan del gran precepto de la caridad cristiana; en resumen en lugar de modestia reina el lujo con sus tristes consecuencias, el amor al bienestar y al placer destruye la laboriosidad tradicional de nuestro pueblo, los gastos superfluos e irracionales, luchan contra la sana economía y los vecinos destruyen todo sentimiento cristiano y apagan la luz de la fe”*¹³³.

Pretendiendo acallar la efervescencia política que ya era bastante fuerte para el año 1935, el presbítero Carlos Borge retomaba esa enajenante línea pastoral impulsada por Stork. Borge al alabar a la V.A. le pedía que bendijera a:

*“... los pobres y a los ricos, proletarios y obreros para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales se aúnen justicia y caridad y se conserve incólume el depósito de la fe católica y de las costumbres cristianas”*¹³⁴.

Pese a que a través del culto de la Virgen, la Iglesia negaba las diferencias de clase, en otros documentos esta institución no sólo aceptaba dicha división, sino que incluso la legalizaba; tómese en cuenta lo dicho por el presbítero Carlos Meneses, quien señalaba:

“La Iglesia no rechaza la diferencia de clases sociales, pues éstas pertenecen al orden establecido por Dios en la naturaleza, antes bien res-

guarda sus derechos y como entidades sociales, les recuerda constantemente sus derechos” ¹³⁵.

Una prédica más acorde a los intereses de la clase dominante ya no podía pedirse, la Iglesia imponía a sus fieles la idea de que no debía romperse el orden de cosas, ya que ello contravenía los designios divinos. Esta institución observando la opulencia de unos y la miseria de otros, poniéndose del lado del capitalista, se permitía recomendar a las partes:

“Absténganse los fieles de todo espectáculo público y de otra diversión, aunque sea lícita, los más acomodados cercenen voluntariamente con espíritu de cristiana austeridad, algo de su acostumbrada manera de vivir, dando a los pobres generosamente, el fruto de tales subtracciones, ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina justicia y atraer las divinas misericordias. Los pobres por su parte, y todos los que en este tiempo están sometidos a la dura prueba de la falta de trabajo y escasez de pan, ofrezcan al señor con igual espíritu de penitencia y la mayor resignación las privaciones que les imponen los tiempos difíciles y actuales y la condición social que la divina providencia le plugó asignar, con inescrutable pero siempre amoroso designio y acepten con ánimo humilde y confiado como de la mano de Dios, los efectos de la pobreza agravados hoy por la estrechez que aflige a toda la humanidad” ¹³⁶.

Mayor apego al statu quo no podía pedirse, la Iglesia no culpaba al sistema económico que apoyaba, por el caos que éste generaba, sino que se limitaba a recomendar a los ricos la limosna y a los pobres resignación por su mala suerte, haciéndoles ver que debían ser sumisos ante su destino.

Contrario a lo que planteaba la Iglesia, a lo largo del período bajo estudio, las desigualdades de clase se fueron haciendo cada vez más marcadas, como lo demuestran recientes estudios históricos ¹³⁷.

A fines del período analizado, cuando se incrementaron las tensiones dentro de la sociedad costarricense, el culto de la V.A. volvió a tener un papel primordial y la fe de sus adherentes nuevamente fue utilizada con fines extrarreligiosos. Ante el peligro que el orden de cosas se viniera abajo, la Iglesia llamaba a todos sus fieles a unificarse “bajo la protección” de la V.A., para así evitar la ruptura violenta de dicho orden.

Algunos sacerdotes influenciados por las encíclicas Rerum Novarum y Quadragésimo Anno, percatándose del agravamiento de la situación político-

económica del país y por otro del surgimiento del comunismo, indicaron que la Iglesia debía prestar una mayor atención al movimiento obrero ¹³⁸.

Estos sacerdotes, en vez de dedicarse a organizar a la clase trabajadora, centraron su atención en atacar el Partido Comunista, como puede verse en artículos escritos en el **Mensajero del Clero** y el **Eco Católico**, luego de 1931.

Ante una situación peligrosa y el surgimiento de un enemigo común para ambos, el comunismo, la Iglesia Católica y la burguesía, olvidándose de sus viejas querellas, unificaron sus puntos de vista.

El sentimiento religioso de nuestro pueblo fue manipulado por la clerecía costarricense, para frenar el avance de las ideas comunistas, como se pudo comprobar en algunas de las publicaciones referentes a las fiestas agostinas de 1935.

Anteriormente se señaló que poco antes de 1934, no se indicaba claramente, que el hallazgo de la imagen se había dado en 1635, sin embargo, dado que en la primera mitad de 1930 se habían sucedido una serie de acontecimientos (fundación del Partido Comunista, huelga bananera, se había agravado la crisis), se hacía necesario la canalización de las tensiones políticas en forma pasiva y fue por eso que luego de 1934 se fomentó la idea de que efectivamente en 1935 se conmemoraban los trescientos años del hallazgo de la imagen.

Una breve revisión del cuadro No. 6 permitirá observar que es precisamente en el quinquenio 1931-1935 cuando los mensajes alusivos a la igualdad de clase se repiten con más asiduidad, y de los tres obispos analizados, fue concretamente Otón Castro, quien ocupaba en esta época el obispado, el que más explotó este estereotipo.

Ante la politización de los sacerdotes y la manipulación que éstos a través de sus escritos y sermones hacían con respecto de la fe religiosa, los obreros haciendo suyas ideas que les habían inculcado, respondieron en la celebración del 11 de agosto, día dedicado a los obreros, con pancartas claramente anticomunistas, como esta primera: "Soberana Reina no permitas que Rusia imponga su doctrina comunista en Costa Rica para que siempre se confíe a Cristo redentor" ¹³⁹. Y esta segunda: "Soberana Reina no permitas que el comunismo tome fuerza en la católica Costa Rica" ¹⁴⁰.

Dos sucesos más comprueban que la fiesta tricentenaria fue aprovechada con fines extrarreligiosos. En primer lugar, debe destacarse el hecho de

que el 2 de agosto se dejó firmemente inaugurada la Acción Católica de Costa Rica, organización que a nivel mundial fue el más firme bastión de los sectores más conservadores de la Iglesia Católica de aquellos años. Costa Rica no fue la excepción, según la afirmación que en este sentido hace el doctor Jorge Romero Pérez ¹⁴¹.

En segundo lugar, durante las fiestas agostinas los obispos de América Central aprovecharon la ocasión para lanzar una publicación conjunta, en la cual atacaban fuertemente al comunismo ¹⁴².

La fiesta tricentenaria, más que fiesta religiosa fue política, ya que los sectores aquí citados, cuando se percataron de lo difícil de la situación imperante y que en medio de ella crecía un enemigo común, no lo dudaron un momento y buscaron canalizar la efervescencia política de aquel momento mediante los ritos religiosos.

Como se ha podido observar el culto de N.S.A. prestó una valiosa colaboración en el surgimiento y fortalecimiento de la nacionalidad costarricense, ya que desde mediados del siglo XVIII fue impulsado por distintos grupos sociales, los cuales al procurar consolidar su posición hegemónica dentro de la sociedad costarricense no dudaron en manipular la fe religiosa cuando tuvieron que hacerlo, difundiendo a través del culto de la citada imagen una serie de mitos que contribuyeron a mantener el orden de cosas que más convenía a sus propios intereses.

D. EL ARQUETIPO SAGRADO

Esta última parte versará sobre las creencias fetichistas que existen en torno a los poderes que se atribuyen a la imagen, procurando dejar claro como en la mayoría de los casos el creyente ha dado rienda suelta a su imaginación, dando lugar a lo que de nuestra parte denominamos bajo la categoría de producto religioso.

Si en el apartado anterior se analizaron las causas por las cuales se impulsó el culto, aquí se indicarán las formas en que el creyente ha dado su adhesión a la Virgen del Toyogres. Para ello será necesario realizar un análisis pormemorizado del arquetipo de los costarricenses, a través de los estereotipos que se le indilgan, explicando el porqué de cada uno de ellos.

1. EL LOCUS

A la hora de proceder a analizar las creencias en torno a la V.A. como

arquetipo intercesor, es necesario empezar por un estudio del locus, ya que éste es el lugar de emplazamiento del culto, es el punto donde lo profano y lo sagrado se mezclan, aquí es donde surgió el mito y donde se realiza el rito, en otras palabras, este es el punto donde desemboca toda la fe de los creyentes.

Para Cazeneuve el espacio sagrado es el lugar donde se reproduce el efecto de la potencia y donde el hombre se renueva ¹⁴³. Según esta opinión es precisamente aquí donde se hace presente lo divino y desde este lugar el arquetipo "derrama" sus bendiciones sobre aquellos que le rinden tributo.

Según la opinión de los creyentes, estos lugares no son solo centro donde se producen milagros a raudales, sino también lugares de depuración ya que aquí el hombre al expiar sus culpas se regenera.

Es precisamente en el locus donde lo humano y lo sobrenatural, se funden en uno solo, dándose un mayor fervor en la manifestación de fe ¹⁴⁴.

Por nuestra parte, pensamos que la necesidad que tienen los creyentes de un lugar sagrado se debe a la compulsión que pesa sobre ellos, lo cual les lleva a querer tomar contacto con lo sagrado, para que éste pueda eliminar la situación que les acongoja. En el locus el creyente refuerza su supeditación con respecto de lo trascendente, manifestando su impotencia ante él. En el espacio sagrado (y fuera de él también) el hombre se despreocupa de su suerte y espera que su arquetipo intercesor pueda hacer desaparecer la situación de angustia que lo lleva hasta allí.

En el caso que nos ocupa, al igual que en otras latitudes, el lugar donde fue encontrada la imagen no es nada suntuoso. Con el paso del tiempo fueron construyendo sobre la piedra del hallazgo templos, a donde iban los devotos a pedir auxilio para ver menguadas sus penas.

Desde los primeros años de nuestro período los adherentes al culto trataron de volcar la fe de los creyentes hacia el templo de N.S., para que éstos llevaran allí sus desventuras y esperaran que del más allá viniera la solución a sus males. En este sentido el presbítero Miguel Bonilla decía que este lugar era el culto donde se manifestaba lo divino, como quedaba demostrado en las reiteradas ocasiones en que la imagen fue encontrada sobre la piedra, por lo cual la última vez que la encontraron:

"No instan retrocederla porque vieron que era aquel sitio solo el desti-

nado para morar con los cartagineses, y en todos sus conflictos ampararlos”¹⁴⁵.

Tanto las indulgencias dadas por monseñor Bruschette (1848) y monseñor Llorente (1852), así como los títulos basilicales, lo que buscaban era darle un mayor realce al templo de N.S.A., para así incrementar la devoción con respecto de la citada imagen.

En el momento que se dio la separación entre Iglesia y Estado, la primera buscó intensificar el culto exaltando la cualidad del locus, como el lugar donde se opera el milagro:

“Para hacer más hostensible su protección ha escogido la Virgen algunos lugares como Lourdes, Pompeya y otros más esparcidos en el mundo en donde derrama continuos favores a los que la invocan con fe viva y tierna devoción.

Costa Rica cuenta con uno de esos santuarios por ella bendecidos, en él le damos culto bajo el título de Nuestra Señora de los Angeles”¹⁴⁶.

Monseñor Agustín Blessing reforzaba esta idea cuando decía que los lugares, como Cartago, eran sitios donde se manifestaba la providencia, y a donde se iba:

“. . . a decir a María Santísima de los Angeles sus congojas, sus materias físicas y morales, sus anhelos o bien a dar gracias a María por los favores alcanzados con su intercesión omnipotente o a suplicar gracias a su maternal corazón”¹⁴⁷.

Ante la prédica constante de sacerdotes y laicos que buscaban hacer creer a los seguidores de la Iglesia Católica que el locus tenía un carácter divino, los devotos de la imagen, paulatinamente, fueron haciéndose a la idea de que efectivamente Cartago era la ciudad del milagro¹⁴⁸.

No faltaba quien dijera que la vieja metrópoli era la ciudad santa, gracias a la aparición de la V.A., ni quienes afirmaran que Cartago era un orgullo para la patria¹⁴⁹.

Este tipo de mensajes se fortaleció a partir del momento en que la burguesía alcanzó la hegemonía en todo el país y que el culto se expandió fuera de Cartago. Con esto los adherentes al culto buscaban inculcar en los devotos de la Virgen que Costa Rica era un inmenso locus.

No faltó quien utilizara políticamente esta idea, ya que algunos ligaron el espacio sagrado con la defensa de la “democrática sociedad costarricense”, ya que según éstos era desde el locus que se salvaguardaban los intereses de la patria. Véase lo que en este sentido afirma monseñor Rafael Otón Castro:

*“Como las ciudades de refugio del pueblo de Dios, los costarricenses poseemos a la noble y leal Cartago donde la Reina de los Angeles, con los esplendores de la coronación será siempre como hasta al presente, el atalaya celestial que vigila la prosperidad y la felicidad del pueblo costarricense. . .”*¹⁵⁰.

Entrados en este siglo, ya no se podía dudar que el templo de N.S.A. era el lugar donde iban los devotos a exponer sus penas y expiar sus culpas, una prueba de esto lo vienen a constituir la innumerable cantidad de exvotos que desde 1894 se encontraban en las urnas del templo ¹⁵¹.

A fines del período en estudio, el devoto creía que efectivamente en el templo de la V.A. todo era posible, para aquellos hombres de fe sencilla, ése era el lugar donde debía pedirse la gracia, ya que ése era el lugar escogido por la divinidad para mostrar todos sus poderes.

Con motivo de las fiestas agostinas, el templo se veía sumamente lleno, en él los devotos de la imagen entraban en una especie de sumisión, unos cantaban canciones, otros rezaban oraciones y no faltaba quien recorriera de rodillas la parte interior del santuario ¹⁵².

Si en las afueras del templo reinaba el jolgorio, dentro de él había paz y quietud, el silencio sólo se rompía por el ruido que entraba de afuera.

El mayor deseo de los que asistían al templo era ir a la piedra, y pasarse luego la mano por la parte afectaba o bien para arrodillarse ante ella. Como los devotos creían que la piedra tenía poderes, le arrancaban trocitos para llevárselos como amuletos. En este sentido se han tejido muchas leyendas, revisiendo a la piedra de poderes sobrenaturales.

*“¿Con qué razón podrán estos incrédulos oponerse al continuo milagro que por más quintales que le quiten permanece y conserva un mismo estado?”*¹⁵³

Otros decían que la piedra en vez de disminuir aumentaba de tamaño ¹⁵⁴.

El locus estaba rodeado por una serie de creencias fetichistas, por lo cual no es de extrañar que aún en este siglo alguien afirmara que al momento del hallazgo se ignoraba si el lugar era protegido por:

*“Genios o hadas, o damas o caballeros”*¹⁵⁵.

Otro elemento, que según los devotos de aquel entonces tenía poderes sobrenaturales, era el agua de la fuente.

2. *MODELO DE MUJER – MODELO DE MADRE*

En este subtema se enunciarán cuáles son las causas que impulsan a la Iglesia a fortalecer el estereotipo maternal dentro de la mentalidad costarricense.

El ideal maternal de María, en su advocación de los Angeles, era impulsado desde mucho antes de nuestro período, pero será luego de fines del siglo pasado, cuando se empezó a utilizar con más asiduidad. En 1893 en un panegírico realizado por el presbítero Juan de Dios Trejos, decía que si la mujer cristiana quería tener un modelo de mujer, ésta era precisamente el de María, quien reunía todas las virtudes que una mujer debía tener¹⁵⁶.

Una nota aparecida con motivo de los festejos de la coronación de la imagen era aún más precisa:

*“La Santísima Virgen, Hija obedientísima, Esposa modelo y madre para cuya calificación no hay palabra propia en ningún léxico humano, es un paradigma que debe ponerse ante los ojos de la sociedad, principalmente hoy cuando doctrinas inmorales y corruptas amenazan invadirla con ímpetu de incontenible marea cargada de legajos, pudredumbre e inmundicias. Ella enseña cómo han de ser las hijas, las esposas y las madres y ya se sabe que la mujer es una de las piedras fundamentales en que descansa el porvenir de las naciones; pero que entre los medios para exponer las enseñanzas sociales que con un ejemplo nos dicta la incomparable Reina de los Angeles y de los hombres figuran los Congresos Marianos”*¹⁵⁷.

Allí se le señalaba claramente a las costarricenses cuál era el modelo de mujer a seguir, modelo que la mujer debía aceptar sin cuestionarlo. Debido a esto, es necesario resaltar algo de este modelo; en primer lugar, cuando se habla de la mujer como hija, se le dice que debe ser obediente hasta el extremo (véase que hasta se utiliza el superlativo), al hablar de ella como esposa,

se dice que debía ser un modelo de esposa. Recuérdese que la esposa ideal era aquella que permanecía relegada a una posición de segundona.

Se observa claramente que el ideal de mujer que buscaba impulsarse era el de una mujer sumisa y sumamente dependiente de su marido.

Pero sobre todas las cualidades de María, lo que más se buscaba inculcar en las mujeres era su cualidad maternal, en este sentido psicológicamente explotaban a la mujer ya que es bien sabido que uno de los mejores deseos de la mujer es ser madre. Buscando explotar ese deseo se divinizó el rol maternal, ya que como decía Stork, el papel de madre les era dado a las mujeres desde lo alto:

*“ . . . Comprendan, pues, las mujeres, a quienes Dios ha confiado la sublime misión de la maternidad, que deben, ser cooperadoras en la formación de las nuevas generaciones y que han de lucir en todo su ser, el hermoso vestido de las virtudes cristianas necesarias a tan alto ministerio ”*¹⁵⁸.

Otro tipo de mensajes pretendía hacer creer a los devotos de la Virgen que la madre terrenal y la madre del cielo eran la misma. Un artículo aparecido en 1897 en el **Unión Católica** es bastante explícito en este sentido:

*“Millares de devotos de la Santísima Virgen concurren a las solemnísimas procesiones habidas este año y las misas solemnes eran cada vez más concurridas por fieles de todas las clases sociales. Y así tenía que suceder – ¿qué hijo, por insolente que sea cuando ve que atacan a su madre cariñosa, no corre y se pone a su lado para defenderla?– Pues así nosotros hemos corrido (. . .) dadnos vuestra gracia, Señora para que aquí a vuestro lado todos juntos desahagamos, contrarrestemos esa lluvia de blasfemias, que contra vos y los dogmas de Nuestra Santa Religión están asestando especialmente los discípulos de Calvino y Lutero. . . ”*¹⁵⁹.

Fue monseñor Stork quien dejó la crónica más representativa sobre este punto:

“Un santo niño que en pocos años había llegado al ejercicio de las más sublimes virtudes en un transporte de amor manifestó en cierto día toda la ternura filial que experimentaba hacia la Reina de los Angeles –y preguntando por alguno por qué amaba tanto a la Virgen, respondió:

*La Madre de Dios es mi madre— Amemos nosotros a la Santísima Virgen María porque es nuestra Madre”*¹⁶⁰.

En textos como los anteriores se fetichiza una situación real, el amor a la madre terrenal, elevándolo hacia un plano ideal, trasladar ese amor a la madre celestial. Al divinizar el papel maternal de la mujer costarricense, no es a la Virgen a la que se enaltece, sino el rol que ella desempeña.

Con ello se buscaba hacer creer a las mujeres que su papel dentro de la sociedad es estrictamente maternal.

Al darse la comparación entre la madre terrenal y la madre celestial, no es María la que se rebaja, sino la madre terrenal la que se eleva hasta un plano ideal.

La Iglesia trató por todos los medios, de incentivar dentro de sus seguidores el estereotipo maternal, como se puede observar en el hecho de que este tipo de mensajes apareció en un 46 0/0 de los documentos oficiales emitidos por esta institución. De los nueve panegíricos analizados, este estereotipo apareció en siete y en la **Prensa Católica**, se encontró en un 36 0/0 de la información publicada.

Es necesario ahora analizar el porqué se impulsó este estereotipo.

Como se puede observar en el cuadro No. 1, a lo largo del siglo XIX e inicios del presente, el tanto por ciento de divorciados y separados era bastante bajo, pero es posible que a lo largo de nuestro período el lazo matrimonial mostrara una serie de trastornos que pueden refutar esos datos.

Esto se deduce del alto porcentaje de población femenina que se dedica a distintas actividades, esto según los censos de 1864, 1883, 1892 (véase cuadro No. 2). La baja proporción que se denota en el censo de 1927 es posible que se deba a que no se tomaron en consideración una serie de categorías profesionales, en las cuales las mujeres tenían una alta participación.

Ese alto porcentaje de mujeres que declaraban oficio es posible que fuera cabeza de familia. De esto se deduce que una buena parte de las familias de la región central del país estaban jefeadas por mujeres.

Pese a los datos del censo de 1927 pareciera que a fines de nuestro período, la situación no había cambiado, ya que en diversas obras literarias de estos años se indica cómo era precisamente la madre, la que en muchos

casos, tenía que sostener el hogar, esto se observa bastante bien en la obra **A ras del suelo**, de Luisa González:

“Mi madre era la empresaria que sabía distribuir muy bien el trabajo entre todos los miembros de la familia, asignándose ella la mayor responsabilidad y las tareas más duras. Todos le obedecíamos mientras ella revolvía en grandes baldes y palanganas enormes cantidades de masa, de manteca y de especies deliciosas” ¹⁶¹.

Debe hacerse la aclaración que si bien las mujeres tenían una gran participación en el proceso productivo, esto no quiere decir que se le facilitara el acceso a otro tipo de actividades que no fueran las hogareñas.

El abundante número de familias encabezadas por mujeres es, según nuestra opinión, un indicio de que se estaba dando una pérdida de cohesión de la célula familiar. En la literatura de estos años quedan grabados algunos fenómenos que son evidencia del problema en cuestión. Tómese como ejemplo de esto el siguiente fragmento de **Las hijas del campo**, de Joaquín García Monge:

“Acordate de Melesio tan buen marido siempre, un ángel con su mujer y con sus hijos, trabajador inmejorable, se lo llevaron al cuartel, porque un policía le tenía tema y Melesio una vez allá se hizo bebedor; cuando volvió le pegaba a la esposa, no la mantenía y le arrimó un hijo, con llaguitas en todo el cuerpo. La mujer paró en difunta por la mala vida que le dio Melesio; éste se hizo mujeriego y parecía el mismo demonio” ¹⁶².

Los problemas que se daban por aquel entonces, no eran sólo ocasionados por las bebidas alcohólicas. La infidelidad conyugal tampoco dejaba de hacerse presente en la literatura, como se observa en una de las canciones citadas por doña Emilia Prieto en su libro **Romanzas tico meseteñas**, la cual según la autora se cantaba desde la época colonial. Esta canción recoge los amoríos de una mujer y su amante:

*“No tengo amores en Francia
ni quiero a otra más que a ti
ni le temo a tu marido
que está al lado de ti”* ¹⁶³.

Como se deduce, a partir de esta canción, los problemas de infidelidad conyugal en Costa Rica no son nada nuevo.

Otro tipo de narraciones nos permiten conocer diversos problemas que se generaban dentro de la familia:

*“Dejó a su familia por huir de los apetitos lujuriosos de un su padrastro, humanidad reconcha y concuspiciente. Fastidiados de la madre, quería vivir con la hija en concubinato inmundo, carcoma que consume a la clase baja. Pero la moza de un natural levantisco, no la aceptó ni un momento. Esta corrupción consecuencia de la ignorancia que vive el pueblo es una de las más grandes calamidades, por extremo palpable, pues se conoce el caso de padres que violaron a sus hijas, hermanos que han hecho madres a sus hermanas, cocheros que han desflorado niñas y papás que dan una hija por la escritura de una casa, más 200 pesos en dinero, vicios que hacen estragos en los adolescentes y en los casados, para no hablar de los infelices adolescentes que se desarrollan como brutos, en regiones apartadas del país sin freno religioso ni social, sin una chispa de inteligencia enfangados en la podredumbre”*¹⁶⁴.

Debe indicarse que fenómenos como a los que hace referencia el texto, tal vez en forma un tanto exagerada, de hecho, sí se dieron y éstos no obedecían tan sólo a una degradación moral, ya que se originaban en diversos tipos de situación: posición socioeconómica, crecimientos de las ciudades, bajos niveles educativos, fenómenos migratorios y laborales, entre otros.

Estos fenómenos debían ser bastante palpables, como se deduce de la siguiente crónica aparecida en 1929 en el **Mensajero del Clero**:

“Pero la mujer cartaginesa nacida bajo el manto de la Reina de los Angeles y amamantada en los pechos de esa madre celestial. . . la mujer cartaginesa tan virtuosa siempre, tan austera en sus costumbres, tan religiosa, tan humilde, no debió permitir más el avance desenfrenado del enemigo del pudor. . .

Guerra a la inmoralidad reinante !!!

*Vuelvan presto a la mujer cartaginesa las virtudes que legara Ana Cleto de Mayorga. . . vuelvan la fortaleza, la humildad y la modestia”*¹⁶⁵.

Con la incentivación del estereotipo maternal de la Virgen de los Angeles, se buscaba reforzar el modelo mariano de las mujeres, lo que es un indicio de que aquella sociedad era típicamente machista, ya que ambos modelos son interdependientes.

Por aquel entonces, era el hombre quien ocupaba el primer plano, en

tanto la mujer pasaba a una posición de segundona. Si al hombre se le perdona todo tipo de faltas a la mujer se le castigaba por cualquier desliz.

El modelo machista justificaba la dominación masculina en la Costa Rica de antaño, pero ese modelo tiene su apoyo en gran medida en el patrón mariano que sustentan las mujeres ¹⁶⁶.

Si el machismo refuerza la idea de la prepotencia física y la superioridad intelectual del hombre, el marianismo impulsa la idea que la mujer tiene una superioridad moral y espiritual innata sobre los hombres.

Por el marianismo la mujer acepta, refuerza y legaliza la dominación del hombre. Al glorificar la superioridad espiritual de la mujer, ésta recrea un modelo de mujer supeditada al hombre, paciente ante las faltas y atropellos que éste comete contra ella. Todas estas situaciones la mujer debe soportarlas estoicamente.

El hecho de reforzar el ideal mariano dentro de la mujer, era también sumamente beneficioso para el sistema, ya que ella sería la encargada de velar por el cuidado y reproducción de la fuerza laboral que necesita el proceso productivo ¹⁶⁷. Claro está que en el segundo punto este hecho no es el más importante, existen muchos otros que cumplen con ese cometido en una mejor forma.

3. *LA VIRGEN DE LOS ANGELES: MILAGROSA INTERCESORA*

Finalmente se entrará a enunciar y analizar cómo el creyente ha tomado a la Virgen de los Angeles como su intercesora sagrada y cómo éste ha representado su arquetipo en la diminuta imagen de N.S. Imagen a la cual ha dotado de una serie de poderes sobrenaturales.

El arquetipo ha sido definido como el elemento sintético entre la fuerza numinosa y la condición humana ¹⁶⁸.

En otras palabras, el arquetipo es el mediador entre Dios y los hombres, en donde éste (el arquetipo) tiene tanto características humanas como divinas.

Jung afirma que el arquetipo canaliza las energías síquicas del individuo y se representa a su vez por un símbolo ¹⁶⁹. El arquetipo es una síntesis que se realiza por medio de símbolos, susceptible de representarlo puramen-

te humano y una potencia trascendente que lo rebasa ¹⁷⁰, y ante el cual el ser humano se supedita.

Buscando fortalecer a la Virgen de los Angeles como mediadora se le menciona como “la bendita imagen” ¹⁷¹, otros “la venerada imagen” ¹⁷², y había otros que la llamaban “la virgen milagrosa” ¹⁷³. Una crónica, de las más expresivas en ese sentido, lo es la que elaboró Carlos Borge, en la cual decía:

“Ave Medianera y Abogada entre tu Santísimo Hijo y los desterrados hijos de Eva! pues si uno es el mediador entre Dios y la humanidad, Cristo Jesús, tú eres la mediadora celestial entre Jesucristo y nosotros. Ave, acueducto misterioso y canal de oro de las gracias divinas, pues no hay una sola de las que descienden del cielo a la tierra que no pasen por su liberalísima mano. Ave sacrosanto eminente y causal universal de las gracias universales, bien que derivada de la causa instrumental principal que es la humanidad santísima de nuestro adorable salvador” ¹⁷⁴.

Para el devoto creyente la V.A. era efectivamente quien podía interceder ante Dios por él. Dada la fe que tenía en la imagen creía que ésta podía lograr numerosos potentes. Sin embargo, antes de analizar esos hechos que el creyente da como milagros, es necesario hacer referencia a ciertas creencias fetichistas, que apuntaban en el sentido de hacer creer a los devotos, que algunos de los elementos que rodeaban a la imagen, tenían también poderes sobrenaturales.

Debido a que anteriormente, al hablar del locus, se tocó el tema referente a “los poderes” de la piedra, aquí no se tocará ese aspecto.

De todos los elementos que rodeaban la imagen, el máspreciado eran “las salutíferas aguas” ¹⁷⁵, las cuales eran buscadas por miles y miles de creyentes para curar sus males del cuerpo y del alma.

En este siglo la Iglesia trató de fortalecer la idea de que efectivamente la imagen tenía poderes sobrenaturales, como se deduce del hecho de que este estereotipo apareció en un 60 0/o de los documentos oficiales y en un 35,29 0/o de los documentos publicados en la **Prensa Católica**.

Con la creencia en un arquetipo intercesor se aviva en el devoto la creencia en el milagro, en ese sentido hay una conciencia con Cazeneuve, quien dice que la creencia en la posibilidad del milagro es tan solo una mani-

festación de la precariedad de la condición humana, que resulta de la sumisión a un arquetipo religioso ¹⁷⁶.

A continuación se presenta una tipología de aquellos milagros atribuidos a N.S.A. Esta división consta de tres tipos de milagros, el primero agrupa a aquellos en los cuales la Virgen “demuestra” su dominio sobre la naturaleza, el segundo a los de corte terapéutico y el último a los relacionados con el azar.

La creencia en el primer tipo de milagros era algo impulsado desde inicios de nuestro período, como se deduce de los versos del presbítero Miguel Bonilla:

“Es efectivamente indubitable de esta divina imagen el amparo en hambres, en langostas, en pestes y cuando el cielo sus lluvias ha negado” ¹⁷⁷.

Eladio Prado en el libro **La Virgen de los Angeles coronada**, dice que el 11 de setiembre de 1799, sobre Cartago, cayó lluvia de fuego, pero que después de solicitar la intervención de la V.A. este fenómeno desapareció ¹⁷⁸.

Un suceso más o menos parecido, en que el autor deja volar su imaginación, es el relatado por el presbítero Víctor Ml. Arrieta, quien decía que una vez, cuando era niño, ocurrió un fuerte temblor, al día siguiente al preguntar a una de sus tías, si había sentido el temblor, ésta le contestó:

“Ave María Purísima, Santo Dios dijo Nanita —que gran susto yo me senté en la cama a rezarle el rosario a la Reina de los Angeles para que amaneciera pronto. ¿Y amaneció, Nanita? Sí mi vida al momento amaneció!!!” ¹⁷⁹.

No es de extrañar que gracias a opiniones como las anteriores, los devotos de N.S. se hicieran a la idea que ésta efectivamente tenía poderes sobrenaturales.

A continuación se enunciará uno de los tantos milagros en que, según los adherentes al culto, se demuestra “el dominio” de la Virgen sobre la naturaleza. Cuenta la tradición que en el cantón de Oreamuno, en la provincia de Cartago, el agua escaseaba permanentemente, como los vecinos no tenían una fuente cercana adonde saciar su sed, debían traer ese líquido desde lugares lejanos y aunque los vecinos se daban a la tarea de limpiar los lugares por

donde pasaba el agua, estaban continuamente obstruidos, por lo cual solicitaron la intercesión de la V.A., para que no continuaran careciendo de agua. Al lograr su objetivo, los devotos de la imagen, atribuyeron lo sucedido a N.S. ¹⁸⁰.

Otro milagro de este tipo fue el que acaeció en Llano Grande de Cartago. Para librarse de la plaga de langostas que azotaba el lugar los vecinos llevaron a sus campos una imagen peregrina. Accidentalmente uno de los chapulines chocó con la imagen y, según cuenta la leyenda, acto seguido los demás cayeron fulminados como por un rayo ¹⁸¹.

Pero de los tipos de milagros que pudieron detectarse, el que más apareció, fue el que se relaciona con aspectos terapéuticos. Según Dupront, el milagro terapéutico es la forma más común de todos los que demuestran la creencia en el hecho sobrenatural ¹⁸². En buena medida esto se ve reforzado por el miedo que siente el hombre ante la muerte.

Tratando de inculcar en sus fieles que efectivamente la imagen podía curar, el presbítero Matías Cornelio Rojas decía:

*“Cuántos enfermos de dolores sanados.
Allá en tu templo su plegaria hicieron.
Cuántos romeros tu favor pidieron.
En esos tiempos de la edad dichosa”* ¹⁸³.

Es por esto que no es de extrañar que ante la prédica constante de la Iglesia para tratar de hacerle creer a sus feligreses que la imagen era milagrosa, éstos efectivamente terminaron aceptando que la V.A. podía librarles de los males físicos que padecieran.

Según cuenta una de las tantas leyendas tejidas en torno de la V.A., en el siglo pasado, llegó al santuario una señora de apellido Abarca, la cual era bastante acaudalada, pero que no podía hablar, porque tenía un “cáncer” (sic) en su lengua. La señora estaba desconsolada, robusteció su fe y todas las mañanas iba a la iglesia de San Francisco a orar. Una tarde escuchó la voz de María que le decía que fuera a la fuente, obedeciendo el mandato se trasladó hacia allá, se aproximó,

“... la fuente de agua milagrosas mojó sus labios y su boca adoloridas y esto bastó para que el cáncer cayera sin dejar la más leve huella de su existencia en el órgano afectado” ¹⁸⁴.

A través de diversas fuentes se pudo ubicar un total de trescientos cuarenta y seis casos de personas que creen haber contado con la intervención de la V.A. en una situación de apremio. De ese número de personas el 67,3 0/o era mujeres y el 32,7 0/o era varones. Por otro lado, el 34,6 0/o de las personas vivía en San José, el 28,9 0/o en Heredia, el 19 0/o en Cartago, el 12,3 0/o en Alajuela y el 5,2 0/o no declaró residencia.

Un tercer tipo de milagros lo constituyen aquellos que están relacionados con el azar. Aunque existen una gran cantidad de este tipo de milagros, tan sólo haremos referencia de uno. Este se dio en el año 1910, cuando a un matrimonio josefino se le perdió una hija pequeña.

Pese a que se colocaron anuncios en la prensa, la niña no aparecía. Luego de tres días dirigieron sus ruegos a la V.A. para ver si así encontraban a la pequeña. El padre ante el pedido de su esposa, se trasladó al santuario, cuando estaba dentro de él perdió la noción de donde se encontraba y empezó a gritar, la policía lo sacó del templo en el mismo momento en que una indígena pasaba con la hija del señor de la leyenda, y así éste pudo recuperar a su pequeña niña ¹⁸⁵.

Hasta aquí se ha presentado una tipología de los hechos que el devoto acepta como milagrosos. Con respecto de ellos es pertinente recalcar que el milagro es una manifestación de la supeditación del hombre a lo trascendente y que a medida que su alienación es más fuerte, más depositará su fe en la presencia del milagro, cuanto más angustiante sea la situación real que la rodea, más se acrecentará su dependencia con respecto del arquetipo.

Una de las formas que demuestra la adhesión de los creyentes a la V.A., es a través del exvoto, según Jacques Lafaye, éste es una manifestación ingenua de la fe ¹⁸⁶.

Esta forma de manifestar su fe ha sido bastante acostumbrada entre los costarricenses, como se deduce del siguiente texto:

“En cualquier apuro o tribulación el tico cuando es hombre de fe, acude a la Reina de los Angeles, prometiéndole si sale bien de la tribulación llevarle un milagro.

Por ejemplo, si en una situación pecuniaria angustiada, dueño de una casa logra venderla bien, llevarle una casita de agradecimiento, si es una enfermedad en una pierna, en un brazo o en una mano, llevarle una piernita, o un bracito, o una manita de plata o de oro según sus posibilidades a su santuario, con expresa condición de hacerle una visi-

ta y entre la gente del pueblo particularmente, subir la iglesia de rodillas” 187.

Entre los devotos de aquellos años, existía también la creencia de que si la imagen salía del templo ellos quedaban totalmente desamparados, esto ya se manifestaba desde 1825, como se extrae de una solicitud de vecinos de La Puebla y de Chircagres, quienes pedían que no se sacara la imagen del templo, pues era bien sabido que:

“ . . . en todos los pasados tiempos que esta soberana reyna sale a celebrar sus funciones a otra parte las calamidades y ruinas que hemos experimentado. Lla con pestes de diferentes calidades o lla con fuego del cielo o templores o lla con guerras. . . ” 188.

Si se tenía la idea de que la V.A. podía premiar a sus fieles devotos, también se pensaba que podía castigar a los que “le faltaban al respeto”, como se deduce del texto siguiente publicado en 1905 en el **Mensajero del Clero**. El cronista al comentar los sucesos de la pasada decía:

“No queremos meter la nariz en aquel santuario no sea que nos resulte hinchada como al Ilmo. señor García por haber dicho una broma de la negrita milagrosa” 189.

Monseñor Rubén Odio, el cual ya se ha citado anteriormente, se ocupó de atacar con profundidad esas ideas supersticiosas:

“Por lo demás, tal vez no sea fuera de lugar advertir aquí lo que hay que censurar en la piedad de algunas personas y es el olvido del fin principal de toda devoción: la salvación del alma. Por el contrario buscan dichas personas todo menos eso, piden a la Virgen bienes de fortuna, remedio de las necesidades materiales, salud, éxito en los negocios, tal vez y hasta venganza de los enemigos, o buen resultado de alguna empresa no del todo santa, y abandonaron todo cuidado de su bien espiritual viviendo tranquilamente en pecado (. . .) Quiera Dios, Nuestro Señor para gloria suya y de su santísima Madre que veamos en fecha próxima a nuestro pueblo, practicar la devoción a la Reina de los Angeles en toda su fuerza e intensidad, libre para siempre de esos resabios de ignorancia, cuyo remedio universal están en esta sola palabra: catesismo” 190.

En medio de este subproducto religioso, que caracteriza a las clases dominadas, en nuestro período, se observa cómo se combinan tanto el lado

positivo como el negativo del arquetipo, uno produce bonanza y bienestar, el otro castigo y desgracia. Si el primero fortalecía la dependencia de los devotos, respecto del más allá, el segundo les imponía muchos temores.

A manera de resumen podríamos sintetizar de la siguiente manera los principales puntos expuestos con anterioridad:

I. A lo largo de los años comprendidos entre 1824 y 1935, la ideología religiosa será el elemento cohesionador de la visión del mundo del costarricense de entonces. Es por eso que la mayoría de los sucesos de la vida cotidiana estaban enmarcados y “explicados” por las creencias religiosas.

En la mentalidad de los creyentes se daba un desdoblamiento del mundo real en uno ideal, plagado de seres que “tenían” un dominio sobre la realidad material gracias a sus inmensos poderes.

De allí entonces las creencias ampliamente difundidas de la existencia de las ánimas, a las cuales se rendía tributo, o de lugares como el cielo, el purgatorio y el infierno, los cuales podían ser según los devotos de aquel entonces la última morada en la otra vida.

Se debe aclarar que las creencias religiosas no muestran una heterogeneidad, ya que el grado de fe y el comportamiento dado en los ritos y creencias religiosas no era similar entre todas las clases sociales.

La Iglesia Católica inculcaba en sus creyentes que la realidad material era producto de la actividad de fuerzas extraterrenas y que, por lo tanto, el orden establecido no podía ser cuestionado, ya que esto iba contra los designios divinos.

La Iglesia a través de su prédica fortalecía un sentimiento de supeditación del hombre con respecto de lo trascendente.

Esto contribuía notablemente al mantenimiento del estado de cosas de la sociedad costarricense.

Desde este punto de vista la Iglesia se ajustaba a su rol de ser un aparato ideológico del Estado, lo cual no quiere decir que a lo largo de nuestro período pudiéramos establecer una relación mecánica entre los intereses de ambas instituciones, como se evidencia luego de 1880.

II. El culto a la V.A., que ha sido el objeto central de estudio, partió de la aceptación de una leyenda, con aspectos ambiguos y contradictorios que al acercarnos al fin de período en estudio fueron cohesionándose en el relato de la aparición que ha llegado hasta nuestros días.

Al forjarse la idea que la imagen de N.S. era sagrada, el devoto le rindió homenaje en las más variadas formas, ya en unos casos con romerías, desfilando en la pasada, o participando en el ritual religioso. Para rendir mayor culto a la imagen desde el año 1782 la Iglesia destinó un mes entero para homenajear con distintos ritos a la V.A.

Sin embargo, se debe de señalar que pese a que las festividades agostinas fueron programadas con la mira de rendir culto a la Virgen, las fiestas no se caracterizaron por ser un tiempo de recogimiento. Todo lo contrario, en las fiestas agostinas los juegos de azar y el abuso en las bebidas estuvieron siempre a la orden del día.

El culto de la V.A., que al inicio del período en estudio era tan solo una manifestación regional, al ser impulsado por los distintos grupos que buscaban consolidarse en el poder fue expandiendo su radio de acción, cosa que se logró aún más, luego que la Iglesia motivada por las circunstancias de fines del siglo pasado, inculcó con mayor énfasis la devoción de N.S. en sus seguidores.

La Iglesia en este período final del culto (1880-1935) introdujo en la mentalidad de sus seguidores toda una serie de creencias impregnadas de superstición, que fueron adentrándose paulatinamente dentro de los devotos de la imagen, la Iglesia al ver que su papel de mediación y fundamentalmente su hegemonía sobre la masa de creyentes (hecho por el cual fortaleció el culto) podía perderse, reforzó las medidas que le permitieran a través del ritual tomar el culto en sus manos, sin embargo, eso no impidió que las manifestaciones citadas dejaran de darse, ya que más bien se incentivaron al acercarse el año 1935.

III. La nacionalidad costarricense empezó a formarse desde fines del siglo XVIII, en las diversas ciudades del Graben Central, ya que es por estos años cuando empezó a surgir un ideal de patria en la entonces provincia de Costa Rica.

En este trabajo se ha analizado cómo los criollos cartagineses impulsaron el culto de la V.A., pretendiendo integrar a la masa de devotos en torno de un culto religioso, para que así al encontrarse éstos unifica-

dos alrededor de un símbolo, pudieran utilizar éste en pro de un proyecto político.

Al consolidarse la burguesía agroexportadora como clase dominante, necesitaba crear una serie de mecanismos ideológicos que le permitieran reforzar su papel hegemónico dentro de la sociedad. Requería transmitir su concepción ideológica hacia el resto de la sociedad, haciendo que las demás clases aceptaran como suyas las ideas que ella impulsaba. El proyecto impulsado por la burguesía, netamente clasista, adquiriría así un matiz social.

Dentro de este proyecto político el culto de la V.A. cobra una gran importancia.

Desde los primeros años de la independencia se observa cómo el culto de la imagen citada aparece como elemento unificador en todas aquellas situaciones conflictivas que podían impedir el fortalecimiento del proyecto impulsado por los grupos sociales, que buscaban fortalecer una nacionalidad costarricense y un orden de cosas de acuerdo con sus distintos intereses de clase.

Al arribar al poder, a fines del siglo XIX, una fracción anticlerical de la clase dominante, el papel hegemónico que como aparato ideológico había tenido la Iglesia hasta ese momento, empezó a ser cuestionado.

La Iglesia temiendo perder su hegemonía con respecto de los feligreses, fortaleció aún más las creencias en el más allá, haciéndoles creer a sus seguidores que contrario a lo que planteaba el liberalismo, ella era la piedra angular de toda la sociedad y que sin la Iglesia reinarían el caos y la inmoralidad.

Pero la Iglesia no sólo buscó fortalecer este tipo de creencias, sino que percibió que la manera más adecuada de conservar su status dentro de la sociedad costarricense era precisamente fortaleciendo el culto de la V.A.

Luego de 1880 empieza a incentivarse la devoción a la citada imagen, se multiplican las romerías, creencias en curaciones milagrosas. En líneas generales se fortalece la supeditación al arquetipo.

Pese a la discrepancia apuntada entre la Iglesia y el Estado liberal, esto no implica en ningún momento que las clases dominantes, incluso la

fracción anticlerical, dejaron de utilizar el culto en pro de sus intereses de clase, ni tampoco que la Iglesia dejara de ser un aparato ideológico que legalizara el dominio ejercido por las clases dominantes.

La Iglesia no dejará de bendecir el orden de cosas imperante en el país, por medio de la mitificación de una sociedad democrática e igualitaria, y un orden social “impuesto” por Dios, el cual no debía cuestionarse.

El papel que jugó la Iglesia, fundamentalmente en los últimos años en estudio, es una prueba fehaciente de lo que antes hemos señalado.

IV. A lo largo del período estudiado se observa cómo el creyente fue tomando paulatinamente a la imagen de la Virgen como su arquetipo intercesor.

A la par que la revistió de caracteres humanos, fue otorgándole no sólo a ella, sino también a todo lo que le rodeaba, una serie de poderes sobrenaturales, ante los cuales el devoto de la imagen se colocaba en una situación de dependencia.

La imagen y los elementos a su alrededor fueron teniendo en la mentalidad de los creyentes de aquel entonces un gran poder sobre las acciones de su vida cotidiana, se fortaleció, producto de esa supeditación a la V.A., la creencia en el hecho milagroso.

Al rendir devoción a la imagen, el creyente fundamentalmente de las clases dominadas fue sumiéndose en una serie de prácticas y creencias impregnadas de magia y superstición, a las que hemos denominado como un subproducto religioso.

1. Este artículo forma parte de un trabajo gracias al cual el autor alcanzó el grado de licenciado en Historia. Si bien ese trabajo adoleció de una mayor consistencia teórica, a la hora de escribir este artículo esa deficiencia no pudo ser subsanada, no sólo por las limitaciones de tiempo en medio de las cuales fue redactado este artículo, sino más que nada porque si bien han pasado dos años desde que se presentó aquel trabajo, quien escribe estas líneas desplazó su campo de investigación desde el de la ideología religiosa al del estudio de las manifestaciones de la vida cotidiana. Sin embargo, no queremos que esto se tome como una excusa, sino como una advertencia a tomar en consideración a la hora de abordar la lectura de este artículo. Cf. GIL Zúñiga, José. **El culto a la Virgen de los Angeles (1824-1935). Una aproximación a la mentalidad religiosa**. Tesis. Universidad Nacional. 5 de febrero 1982.
2. *La religión y sus antagonistas*. En **Eco Católico**. N° 52. II. San José. Costa Rica. 26 de enero de 1884. P. 27.
3. QUIROS, Pilar. *Discurso*. En **Crónica de Costa Rica**. N° 1.859. I. San José. Costa Rica. 5 de febrero de 1859. P. 2.
4. *La religión y sus antagonistas*. En **Op. cit.** P. 27.
5. STORK, Juan G. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N° 2. XXIV. San José. Costa Rica. Setiembre de 1911. P. 29.
6. *Fe*. En **Unión Católica**. N° 320. IV. San José. Costa Rica. 16 de agosto de 1893. P. 642.
7. ZAMORA, Manuel. **Libro de varios**. N° 31. Heredia. Costa Rica. 14 de enero de 1835.
8. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Alajuela. N° 56. F. 1. 23 de agosto de 1832.
9. *El Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Dr. Don Bernardo Augusto Thiel*. En **Eco Católico**. N° 32. VIII. San José. Costa Rica. 11 de setiembre de 1901. P. 2.
10. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Lara y Chamorro. N° 503. F. 1. 21 de enero de 1872. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Cartago. N° 1.158. Ff. 1-3. 11 de mayo de 1850. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Lara y Chamorro. N° 707. F. 15 v. 30 de octubre de 1871. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Lara y Chamorro. N° 521. F. 1. 49 v. 28 de abril de 1880.

11. A.N.C.R. Sección histórica. Protocolos de Lara y Chamorro. N^o 107. Ff. 14 v-15. 13 de mayo de 1958.
12. **Ibídem.**
13. ECHEVERRÍA, Aquileo J. **Concherías**. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1981. P. 87.
14. MANDEL, Ernest y NOVACK, Georg. **Teoría marxista de la alienación**. Pluma. Bogotá. 1975. P. 55.
15. HOSTIE, R. **Del mito a la religión**. Amorrortu. Buenos Aires. Argentina. 1973. P. 114.
16. FEUERBACH, Ludwig. **La esencia del cristianismo**. Sígueme. Salamanca. España. 1973. P. 62.
17. CALVO. **Libro de varios**. N^o 35. San José. Costa Rica. 9 de octubre de 1844. N^o 109.
18. CASTRO, Rafael Otón. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N^o 3. XXXVI. San José. Costa Rica. Mayo de 1924. P. 55.
19. *El agua bendita, una fuente de auxilio para las almas benditas*. En **Mensajero del Clero**. N^o 5. XXIX. San José. Costa Rica. Octubre de 1917. P. 235.
20. MONTENEGRO, Lorenzo. **Libro de varios**. N^o 65. Alajuela. Costa Rica. 3 de mayo de 1851.
21. BARAHONA, Juan Fco. **Libro de varios**. N^o 68. San José. Costa Rica. 21 de agosto de 1857.
22. IBARRA, Evaristo. *Conferencia*. En **Mensajero del Clero**. N^o 143. XII. San José. Costa Rica. 31 de julio de 1900. P. 368.
No me olvides. *Contemplación*. En **Mentor Costarricense**. N^o 63. San José. Costa Rica. 17 de agosto de 1844. P. 226.
23. BORGE, Carlos. *Mes de las ánimas*. En **Mensajero del Clero**. N^o 11. XXXIV. San José. Costa Rica. Noviembre de 1922. P. 231.
24. VALENCIANO, Elías. *De la duración de las virtudes después de esta vida*. En **Mensajero del Clero**. N^o 25. San José. Costa Rica. 1919. P. 211.
25. FLORES, Leandro. **Ibídem**. 20 de noviembre de 1826.
26. BENAVIDES, Miguel. *El dogma del infierno*. En **Mensajero del Clero**. N^o 9. XLI. San José. Costa Rica. Setiembre de 1929. Pp. 327-330.
27. CALDERON, José L. *Conferencia sobre el espiritismo*. En **Mensajero del Clero**. N^o 111. XI. San José. Costa Rica. 30 de noviembre de 1897. P. 192.

28. *La paz*. En **Unión Católica**. N^o 103. II. San José. Costa Rica. 6 de agosto de 1891. P. 3.
STORK, Juan G. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N^o 2. XXIV. San José. Costa Rica. Setiembre de 1911. P. 29.
29. PORTELLI, Hughes. **Gramsci y la cuestión religiosa**. Laia. Barcelona. España. 1975. P. 27.
30. CAZENEUVE, Jean. **Sociología del rito**. Amorrortu. Buenos Aires. Argentina. 1971. P. 237.
31. THIEL, Bernardo Augusto. *Del Rosario*. En **Libro de Panegirias de Santos y Sermones de la Virgen**. (Inédito). San José. Costa Rica. 1888.
32. ROJAS, Antonio. *La santa misa es el sacrificio perpetuo del Nuevo Testamento instituido por Jesucristo*. En **Mensajero del Clero**. N^o 6. XLI. San José. Costa Rica. Junio de 1929. Pp. 147-148.
33. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** P. 252.
34. *Después de la comunión*. En **Unión Católica**. N^o 858. VI. San José. Costa Rica. 27 de setiembre de 1895. P. 866.
35. ZAMORA, Juana. **Libro de varios**. N^o 46. Heredia. Costa Rica. 24 de enero de 1850.
36. ESCALANTE, R.G. **Ibíd.** San José. Costa Rica. 25 de setiembre de 1850.
37. GUILLEN, Juana. **Libro de varios**. N^o 6. Escazú. Costa Rica. 16 de setiembre de 1857.
38. ALFARO, José. **Libro de varios**. N^o 27. Cartago. Costa Rica. Agosto de 1828. F. 148. Véase también: AGUILAR, Gabriel de Jesús. **Libro de varios**. N^o 28. Escazú. Costa Rica. 7 de enero de 1830. MURILLO, Ramón. **Libro de varios**. N^o 31. Alajuela. Costa Rica. 18 de agosto de 1840.
39. MORALES, Moisés. *Documentos varios*. En **Gaceta Oficial**. N^o 250. XLIII. San José. Costa Rica. 17 de noviembre de 1921. P. 1.388.
40. GONZALEZ Salas, Edwin. **Santo Domingo de Heredia. Análisis demográfico y socio-económico. 1853-1930**. Tesis de licenciatura en Historia. Escuela de Historia. Universidad Nacional. Heredia. Costa Rica. 1978. P. 133.
41. SALAS Viquez, José Antonio. **Santa Bárbara de Heredia (1852-1927). Una contribución a la historia de los pueblos**. Tesis de licenciatura en Historia. Escuela de Historia. Universidad Nacional. Heredia. Costa Rica. 1979. P. 210.
42. ANCHIA, Juan. **Libro de varios**. N^o 66. Pacaca. Costa Rica. 29 de setiembre de 1857.
43. ARIAS, María de Jesús. **Libro de varios**. N^o 135. Cartago. Costa Rica. 9 de mayo de 1871.

44. *El sacerdocio*. En **Eco Católico**. N^o 52. II. San José. Costa Rica. 26 de enero de 1884. P. 29.
45. PICADO, Clodomiro. *El sacerdote*. En **Unión Católica**. N^o 537, V. San José. Costa Rica. 10 de agosto de 1894. P. 478.
46. ROMERO Pérez, Jorge. **Partidos políticos, poder y derecho**. Syntagma. San José. Costa Rica. 1979. Pp. 22-23.
47. Esta abreviatura significa: Virgen de los Angeles. A través de este artículo se utilizarán otras abreviaturas para designar a la imagen en cuestión. Estas son: N.S., Nuestra Señora y N.S.A., Nuestra Señora de los Angeles.
48. Este subtítulo pertenece al de una de las tres categorías de análisis que utilizamos en el estudio ya citado sobre la V.A. Las otras dos categorías de análisis se presentarán posteriormente bajo los subtítulos "La Virgen de los Angeles y la nacionalidad costarricense" (ésta a su vez se subdivide en los siguientes estereotipos: sinónimo de nación, sinónimo de patria y comunidad ideal, comunidad real) y "El arquetipo sagrado" (integrada por los siguientes estereotipos: el locus, modelo de mujer, modelo de madre, la Virgen de los Angeles, milagrosa intercesora). Tanto los estereotipos, como las categorías en que se agrupan fueron detectados y elaborados con base en una revisión de 200 documentos, los cuales fueron sometidos a análisis de contenido.
49. BONILLA, Miguel. *Canciones*. En **Beatae Mariae Virginis Angelorum**. Atenea. San José. Costa Rica. 1945. P. 63.
50. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. **Beatae Mariae Virginis Angelorum**. Atenea. San José. Costa Rica. 1945. P. 59.
51. A.N.C.R. Sección histórica. **Cartago Colonial**. N^o 1.119. F. 13-v. 3 de enero de 1676.
52. THIEL, Bernardo Augusto. *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*. En **Mensajero del Clero**. N^o 138. XII. San José. Costa Rica. 28 de febrero de 1900. Pp. 263-264.
53. OREAMUNO, Francisco María. **Libro de varios**. N^o 46. Cartago. Costa Rica. 29 de enero de 1856. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. *¿En qué año sucedió el hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles?* En **Mensajero del Clero**. N^o 8. XLVII. San José. Costa Rica. Agosto de 1934. P. 584. ORTIZ, Víctor. *Piadosa tradición histórica de la aparición de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles en la ciudad de Cartago*. En **Beatae Mariae Virginis Angelorum**. Atenea. San José. Costa Rica. 1945. P. 88.
54. THIEL, Bernardo Augusto. *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*. En **Mensajero del Clero**. N^o 103. X. San José. Costa Rica. 31 de mayo de 1897. P. 82.
55. _____. *Nuestra Señora de los Angeles*. En **Libro de Panegíricos de Santos y Sermones de la Virgen** (inédito). Cartago. Costa Rica. 1898.

56. **Triduo en honor de la Virgen de los Angeles.** Lehmann. San José. Costa Rica. 1925. P. 7.
57. CASTRO Saborío, Octavio. *Discurso de Octavio Castro Saborío en la coronación de la Virgen de los Angeles.* En **La Virgen de los Angeles coronada.** Lehmann. San José. Costa Rica. 1927. P. 313.
58. CASTRO, Rafael Otón et ál. *Carta pastoral colectiva del episcopado costarricense con motivo de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles.* En **La Virgen de los Angeles coronada.** Lehmann. San José. Costa Rica. 1927. P. 217.
59. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. **Op. cit.** (f) P. 566.
60. DUPRONT, Alphonse. **Hacer la historia.** Laia. Barcelona. España. 1979. P. 120.
61. OSEJO, Rafael Francisco. *Salve de San Estanislao.* En **Beatae Mariae Virginis Angelorum.** Atenea. San José. Costa Rica. 1945. P. 115.
62. BONILLA, Miguel. *Discurso poético apologético.* En **Beatae Mariae Virginis Angelorum.** Atenea. San José. Costa Rica. 1945. P. 58.
63. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. **Op. cit.** (f) P. 590.
64. BONILLA, Miguel. **Op. cit.** (b) P. 59.
65. ORTIZ, Víctor. **Op. cit.** P. 89.
66. SANABRIA Martínez. **Op. cit.** (f) P. 590.
67. **Ibidem.**
68. *La pasada de Nuestra Señora de los Angeles.* En **Unión Católica.** N° 1.425. VIII. San José. Costa Rica. 7 de setiembre de 1897. Pp. 791-792.
69. ARRIETA Quesada, Víctor Ml. *Que Nuestra Señora de los Angeles sea venerada en todas las parroquias.* En **Mensajero del Clero.** N° 7. XLI. San José. Costa Rica. Julio de 1929. P. 129.
70. MENESES Brenes, Carlos. *Costa Rica de pie para honrar a su patrona.* En **Mensajero del Clero.** N° 2. XLVII. San José. Costa Rica. Febrero de 1935. P. 821.
71. JIMENEZ, Ml. de Jesús. *Siempre lo mismo.* En **Diario de Costa Rica.** N° 2.035. VII. San José. Costa Rica. 27 de abril de 1927. P. 4.
72. CARR, Ma. Cristina de. *La Negrita.* En **Eco Católico.** N° 5. Tomo IX. San José. Costa Rica. 2 y 4 de agosto de 1935. P. 85.
73. ODIO, Rubén. *Falsos conceptos de la devoción a la Reina de los Angeles.* En **Mensajero del Clero.** N° 7. XXXIV. San José. Costa Rica. Julio de 1927. Pp. 161-162.

74. PRADO, Eladio. **Op. cit.** (c) P. 43.
75. TRISTAN, Esteban Lorenzo. **Libro de la visita de Esteban Lorenzo Tristán** (inédito). León. 1784.
76. *Notas de Cartago*. En **Prensa Libre**. N^o 4.143. XV. San José. Costa Rica. 1 de setiembre de 1903. P. 2.
77. POLINI, Gina. *Dos tradiciones en torno a la Virgen de los Angeles*. En **La Nación**. N^o 10.933. XXXII. San José. Costa Rica. 31 de mayo de 1979. Pp. 2c-3c.
78. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** Pp. 202, 203, 204.
79. CASTRO, Rafael Otón. *Carta pastoral sobre la acción católica*. En **Mensajero del Clero**. N^o 11. XLVII. San José. Costa Rica. Noviembre de 1935. P. 1.116.
80. LEANDRO, Ventura. *Del sabroso tiempo de antaño*. En **La Tribuna**. N^o 4.429. XVI. San José. Costa Rica. 2 de agosto de 1935. P. 12.
81. ORTEGA, Ernesto. *Las fiestas pueblerinas*. En **La Tribuna**. N^o 4.429. XVI. San José. Costa Rica. 2 de agosto de 1935. P. 14.
82. LEANDRO, Ventura. **Op. cit.** P. 12.
83. *Tren extraordinario para Cartago*. En **Gaceta Oficial**. N^o 1.046. III. San José. Costa Rica. 19 de agosto de 1881. P. 4. Véase también: *División central del ferrocarril de Costa Rica*. En **Gaceta Oficial**. N^o 207. VII. San José. Costa Rica. 12 de setiembre de 1884. P. 858. KEITH, Minor C. *Fiestas de Cartago*. En **Gaceta Oficial**. N^o 35. IX. San José. Costa Rica. 10 de agosto de 1887. P. 224.
84. DE BENEDICTIS y Seripanti. *Fiestas de Cartago*. En **Gaceta Oficial**. N^o 1.325. V. San José. Costa Rica. 5 de agosto de 1882. P. 5.
85. ROBLES, Celso. *Fiestas*. En **Diario de Costa Rica**. N^o 180. III. San José. Costa Rica. 12 de agosto de 1885. P. 2.
86. *Fiestas de Cartago*. En **Gaceta Oficial**. N^o 1.041. IX. San José. Costa Rica. 12 de agosto de 1886. P. 2.
87. **Ibíd.**
88. *Cartago*. En **Unión Católica**. N^o 860. VI. San José. Costa Rica. 29 de setiembre de 1895. P. 874.
89. *Las fiestas cívicas de Cartago*. En **La Tribuna**. N^o 1.603. VII. San José. Costa Rica. 8 de setiembre de 1925. P. 874.
90. *Cartago*. En **Unión Católica**. N^o 1.136. VII. San José. Costa Rica. 11 de setiembre de 1896. P. 806.
91. *Ecos de la fiesta de Cartago*. **Op. cit.** P. 5.

92. *Cartago*. En **Diario de Costa Rica**. N^o 43. I. San José. Costa Rica. 19 de agosto de 1897. P. 2.
93. CERDAS Cruz, Rodolfo. **La formación del Estado en Costa Rica**. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1978. P. 112.
94. MARIN, Antonio. **Libro de varios**. N^o 22. San José. Costa Rica. 24 de mayo de 1754. Véase también: AGUILAR Carballo, Juan. **Ibídem**. 27 de julio de 1754.
95. **Ibídem**.
96. **Ibídem**.
97. BLANCO, Joseph Lorenzo. **Libro de varios**. N^o 23. San José. Costa Rica. 8 de noviembre de 1793.
98. DE LA FUENTE, Baltazar. **Libro de varios**. N^o 24. Cartago. Costa Rica. 18 de abril de 1798.
99. CERDAS Cruz, Rodolfo. **Op. cit.** Pp. 100-102.
100. VEGA Carballo, José Luis. **Estado y dominación social en Costa Rica. Antecedentes coloniales y formación del Estado nacional** (mimeografiado). Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica. 1980. Pp. 17-18.
101. BONILLA, Joseph Antonio. **Op. cit.** P. 92.
102. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia de Centro América. **Actas del Ayuntamiento de Cartago**. Imprenta Nacional. San José. Costa Rica. 1972. P. 111.
103. MENESES Brenes, Carlos. **La exposición arqueológica en Cartago**. En **Mensajero del Clero**. N^o 11. XLV. San José. Costa Rica. Noviembre de 1932. P. 413.
104. LAFAYE, Jacques. **Op. cit.** P. 155.
105. A.N.C.R. Sección Histórica Municipal. Cartago. N^o 150. 13 de agosto de 1824. Ff. 54-63.
106. JIMENEZ, Manuel de Jesús. **Op. cit.** P. 4.
107. A.N.C.R. Sección Histórica Municipal. San José. N^o 241. F. 23. 2 de agosto de 1824.
108. A.N.C.R. Sección Histórica Municipal. San José. N^o 475. F. 61v. 1 de agosto de 1824.
109. A.N.C.R. Sección Histórica. Leyes y Decretos.
110. FERNANDEZ Guardia, Ricardo. **Don Ricardo Fernández Guardia confirma el dato de que la Virgen de los Angeles estuvo cautiva en Cartago durante 6 años y**

- 7 meses. En *La Tribuna*. N^o 1.785. VI. San José. Costa Rica. 28 de abril de 1926. P. 2.
111. RIVAS, Domingo. *Libro de varios*. N^o 136. San José. Costa Rica. 13 de octubre de 1871. N^o 81.
112. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. *Op. cit.* (a) P. 234.
113. BONILLA, Miguel. *Op. cit.* (b) P. 62.
114. _____. *Op. cit.* (a) P. 64.
115. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. *Op. cit.* (g) P. 655.
116. A.N.C.R. Sección Histórica. Gobernación. N^o 23.426. F. 66. 1 de mayo de 1856.
117. *Ibíd.* F. 76.
118. OBREGON Loría, Rafael. *Conflictos militares y políticos de Costa Rica*. La Nación, San José. Costa Rica. 1951. Pp. 130-135. *Costa Rica y la guerra de 1856*. En *La Compañía del Tránsito*. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1979. P. 11.
119. PRADO, Eladio. *Op. cit.* (c) P. 60.
120. *La división de Cartago*. En *Crónica de Costa Rica*. N^o 12. I. San José. Costa Rica. 16 de mayo de 1857. P. 3.
121. VEGA Carballo, José L. *Op. cit.* (a) P. 234.
122. STONE, Samuel. *La dinastía de los conquistadores*. EDUCA y Editorial Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica. 1976. Pp. 262-269.
123. THIEL, Bernardo Augusto. *Día de la Asunción de María Santísima*. En *Libro de panegíricos de santos y sermones de la Virgen*. San José. Costa Rica. 15 de agosto de 1887. s.f.
124. *En Cartago*. En *Unión Católica*. N^o 1.126. VII. San José. Costa Rica. 29 de agosto de 1896. P. 766.
125. *La coronación de Nuestra Señora de los Angeles*. En *Op. cit.* Pp. 2-5.
126. HIDALGO, Alfredo. *Decreto Aureo*. En *Mensajero del Clero*. N^o 1. XXXVII. San José. Costa Rica. 25 de enero de 1925. P. 5.
127. *Coronación de Nuestra Señora de los Angeles*. En *Diario de Costa Rica*. N^o 2.035. VII. San José. Costa Rica. 25 de abril de 1926. P. 8.
128. TOVAR, Rómulo. *Al margen de un acto de fe*. En *La Prensa*. N^o 2.213. VIII. San José. Costa Rica. 26 de abril de 1926. P. 1.

129. HELLER, Agnes. **Sociología de la vida cotidiana**. Península. Barcelona. España. 1975. P. 160.
130. *Las fiestas de la coronación de la Virgen de los Angeles*. En **La Tribuna**. N° 1.784. VI. San José. Costa Rica. 27 de abril de 1926. P. 2.
131. *La división de Cartago*. **Op. cit.** P. 3.
132. TOVAR, Rómulo. **Op. cit.** P. 1.
133. STORK, Juan Gaspar. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N° 2. XXIV. San José. Costa Rica. Setiembre de 1912. P. 3.
134. CASTRO, Rafael Otón. *Madre de Dios, Madre Nuestra, su Santísima Reina de los Angeles, Patrona de Costa Rica*. En **Mensajero del Clero**. N° 8. XLVIII. San José. Costa Rica. Agosto de 1935. P. 977.
135. MENESES Brenes, Carlos. *Comunismo y cristianismo*. En **Mensajero del Clero**. N° 12. XLV. San José. Costa Rica. Diciembre de 1932. P. 429.
136. CASTRO, Rafael Otón. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N° 10. XLV. San José. Costa Rica. Octubre de 1932. P. 359.
137. DE LA CRUZ Lemus, Vladimir. **Las luchas sociales en Costa Rica**. Editorial Universidad de Costa Rica. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1980. GARNIER Rímolo, Leonardo y HERRERO, Fernando. **El desarrollo de la industria en Costa Rica. Elementos para su interpretación**. Tesis de licenciatura en Economía. Escuela de Economía. Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica. 1977. Pp. 39-40-58. SAMPER K., Mario. **Evolución de la estructura socio-ocupacional costarricense: Labradores, artesanos y jornaleros (1864-1935)**. Tesis de licenciatura en Historia. Escuela de Historia. Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica. 1979.
138. BACKER, James. **La Iglesia y el sindicalismo en Costa Rica**. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1975. Pp. 68-81.
139. *La gran manifestación obrera del 11 de agosto*. En **Tricentenario de Nuestra Señora de los Angeles. Patrona Oficial de Costa Rica. 1635-1935**. Sin N° de página.
140. **Ibidem.**
141. ROMERO Pérez, Jorge. **La social democracia en Costa Rica**. Hnos. Trejos. San José. Costa Rica. 1977. P. 50.
142. CASTRO, Rafael Otón et ál. *Carta circular*. En **Mensajero del Clero**. N° 8. XLVII. Agosto de 1935. Pp. 981-983.
143. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** Pp. 204-205.
144. DUPRONT, Alphonse. **Op. cit.** P. 116.

145. BONILLA, Miguel. **Op. cit.** (b) P. 60.
146. *Nuestra Señora de los Angeles*. En **Eco Católico**. N^o 78. VI. San José. Costa Rica. 1893. P. 232.
147. BLESSING, Agustín. *El temor de Dios*. En **Mensajero del Clero**. N^o 2. XXXV. San José. Costa Rica. Marzo de 1923. P. 90.
148. MENESES Brenes, Carlos. **Op. cit.** (b) Pp. 821-822.
149. *La tradicional pasada*. En **Mensajero de Clero**. N^o 8. XLI. San José. Costa Rica. Agosto de 1929. P. 317.
150. CASTRO, Rafael Otón. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N^o 2. XXXVI. San José. Costa Rica. Febrero de 1925. P. 40.
151. *Cartago*. En **Unión Católica**. N^o 1.112. VII. San José. Costa Rica. 12 de agosto de 1896. P. 706.
152. *La pasada de la Virgen*. En **Prensa Libre**. N^o 3.563. XIII. San José. Costa Rica. 2 de setiembre de 1901. P. 3.
153. BONILLA, Miguel. **Op. cit.** (b) P. 55.
154. SANABRIA Martínez, Víctor Ml. **Op. cit.** (a) P. 102.
155. CARR, María Cristina de. *La Negrita*. En **Eco Católico**. N^o 5. Tomo IX. San José. Costa Rica. 2 y 4 de agosto de 1935. P. 85.
156. *Glorias a María*. En **Unión Católica**. N^o 325. IV. San José. Costa Rica. 2 de setiembre de 1893. P. 662.
157. QUINTEROS, J.H. *Cómo recibió el Papa a Monseñor Castro*. En **Mensajero del Clero**. N^o 12. XXXVI. San José. Costa Rica. Diciembre de 1924. P. 294.
158. STORK, Juan Gaspar. *Carta Pastoral*. En **Mensajero del Clero**. N^o 28. XXVIII. San José. Costa Rica. Setiembre de 1916. P. 891.
159. MELQUISEDEH. *La Pasada*. En **Unión Católica**. N^o 551. XVIII. San José. Costa Rica. 11 de setiembre de 1891. P. 3.
160. STORK, Juan Gaspar. **Op. cit.** Pp. 198-199.
161. GONZALEZ, Luisa. **A ras del suelo**. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. 1975. P. 67.
162. GARCIA Monge, Joaquín. **Las hijas del campo**. Editorial Costa Rica. San José. Costa Rica. P. 53.
163. PRIETO, Emilia. **Romanzas tico meseteñas**. Dpto. de Publicaciones. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José. Costa Rica. 1978. P. 37.

164. GARCIA Monge, Joaquín. **Op. cit.** P. 41.
165. *Un recuerdo de la coronación.* En **Mensajero del Clero.** N^o 7. XLI. San José. Costa Rica. Julio de 1929. P. 144.
166. BIESANZ, Ríchar, et ál. **Los costarricenses.** EUNED. San José. Costa Rica. 1979. P. 114.
167. MEILLASOUX, Claude. **Mujeres, graneros y capitales.** Siglo XXI. Méjico, D.F. Méjico. 1977. P. 200.
168. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** P. 261.
169. HOSTIE, R. **Op. cit.** Pp. 70-73.
170. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** P. 188.
171. QUINTERO, J.H. **Op. cit.** P. 293.
172. *Nuestra Señora de los Angeles.* En **Eco Católico.** N^o 78. VI. San José. Costa Rica. 3 de agosto de 1893. P. 233.
173. *Las fiestas de Cartago están muy animadas.* En **Prensa Libre.** N^o 8.703. XXIV. San José. Costa Rica. 4 de setiembre de 1915. P. 2.
174. BORGE, Carlos. *Ave María.* En **La Virgen de los Angeles coronada.** Lehmann. San José. Costa Rica. 1927. P. 259.
175. CASTRO Saborío, Octavio. **Op. cit.** P. 313.
176. CAZENEUVE, Jean. **Op. cit.** P. 257.
177. BONILLA, Miguel. **Op. cit.** (b) P. 56.
178. PRADO, Eladio. **Op. cit.** (c) P. 82.
179. ARRIETA Quesada, Víctor Ml. *El poder de la fe.* En **Eco Católico.** N^o 1. Tomo IV. San José. Costa Rica. 1 de enero de 1933. P. 9.
180. ROJAS, Saturnino. *La visita del agua.* En **La Tribuna.** N^o 4.429. XVI. San José. Costa Rica. 2 de agosto de 1935. P. 14.
181. BARQUERO Guevara, Clotilde. Entrevista. Quircot. Costa Rica. 6 de junio de 1981. 10 a.n.
182. DUPRONT, Alphonse. **Op. cit.** P. 117.
183. ROJAS, Matías Cornelio. *A la Reina de los Angeles en su coronación.* En **La Virgen de los Angeles coronada.** Lehmann. San José. Costa Rica. P. 253.
184. ALVARADO, J.R. *La tradición cuenta la admirable curación de la señora Abar-*

ca acaecida a mediados del siglo. En **La Tribuna**. N^o 4.429. XVI. San José. Costa Rica. 2 de agosto de 1935. P. 12.

185. PRADO, Eladio. **Op. cit.** (c) P. 82.
186. LAFAYE, Jacques. **Op. cit.** P. 423.
187. PRADO, Eladio. *Cantando las glorias de la Virgen de los Angeles.* En **Diario de Costa Rica**. N^o 4.710. XVI. San José. Costa Rica. 1 de agosto de 1935. P. 5.
188. CAMPOS, José Marfa y MORALES, Esteban. **Libro de varios**. N^o 27. Cartago. Costa Rica. Julio de 1825. N^o 4.
189. *La pasada.* En **Mensajero del Clero**. N^o 205. IV. San José. Costa Rica. 30 de septiembre de 1905. P. 184.
190. ODIO, Rubén. **Op. cit.** P. 162.

APENDICE DE CUADROS

CUADRO No. 1

**TOTAL DE PERSONAS DIVORCIADAS Y SEPARADAS EN COSTA RICA:
1864-1927**

<i>Año</i>	<i>Total de la población</i>	<i>Total de divorciados</i>	<i>o/o</i>	<i>Número de separados</i>	<i>o/o</i>
1864	120.499	59	0,05	1.486	1,24
1883	182.073	376	0,21	-----	-----
1892	243.205	580	0,24	-----	-----
1927	471.524	582	0,2	4.002	1,6

FUENTE: Censos Nacionales de la República de Costa Rica: 1864, 1883, 1892 y 1927. Dirección General de Estadística y Censos.

CUADRO No. 2

**DISTRIBUCION DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA: SEGUN
SEXO***

<i>Año</i>	<i>Hombres</i>	<i>o/o</i>	<i>Mujeres</i>	<i>o/o</i>	<i>Total de ambos sexos</i>
1864	32.242	67,0	15.830	33,0	48.072
1883	30.788	64,7	16.770	35,3	47.555
1892	37.173	69,2	16.461	30,8	53.679
1927	135.479	88,9	16.784	11,1	152.263

FUENTE: Censos Nacionales de la República de Costa Rica: 1864, 1883, 1892 y 1927. Dirección General de Estadística y Censos.

* Comprende tan sólo las provincias de Heredia, Cartago, San José y Alajuela.

CUADRO No. 3

FRECUENCIA DE APARICION DE LOS DISTINTOS SUBTEMAS SOBRE EL TOTAL DE LA DOCUMENTACION CONSULTADA: SEGUN PORCENTAJE

<i>Subtema</i>	<i>Frecuencia de aparición en la documentación</i>	<i>o/o</i>
La imagen como objeto del culto	57	28,5
Sinónimo de nación	110	55,5
Sinónimo de patria		
Comunidad ideal – Comunidad real	61	30,5
Locus	41	20,5
Modelo de mujer	86	43,0
Modelo de madre		
La V.A.: Milagrosa intercesora	79	39,5

CUADRO No. 4

FRECUENCIA DEL SUBTEMA:

IMAGEN COMO OBJETO DEL CULTO DE ACUERDO CON LAS FUENTES NO ECLESIASTICAS Y CON LAS FUENTES ECLESIASTICAS, POR QUINQUENIOS

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuentes eclesiásticas</i>
Antes de 1891	2	8
1891-1895	—	4
1896-1900	2	6
1901-1905	2	1
1906-1910	1	2
1911-1915	2	—
1916-1920	—	1
1921-1925	1	—
1926-1930	4	8
1931-1936	4	11

CUADRO No. 5

**FRECUENCIA DEL SUBTEMA:
SINONIMO DE NACION – SINONIMO DE PATRIA DE ACUERDO CON LAS
FUENTES NO ECLESIASTICAS Y CON LAS FUENTES ECLESIASTICAS,
POR QUINQUENIOS**

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuente eclesiásticas</i>
Antes de 1891	7	3
1891-1895	–	6
1896-1900	–	7
1901-1905	1	–
1906-1910	–	–
1911-1915	1	–
1916-1920	1	3
1921-1925	–	5
1926-1930	9	25
1931-1935	4	37

CUADRO No. 6

**FRECUENCIA DEL SUBTEMA:
COMUNIDAD IDEAL – COMUNIDAD REAL DE ACUERDO CON LAS FUENTES
NO ECLESIASTICAS Y CON LAS FUENTES ECLESIASTICAS, POR
QUINQUENIOS**

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuentes eclesiásticas</i>
Antes de 1891	1	3
1891-1895	–	3
1896-1900	2	4
1901-1905	2	–
1906-1910	2	–
1911-1915	–	–
1916-1920	–	2
1921-1925	–	–
1926-1930	8	16
1931-1935	2	16

CUADRO No. 7

FRECUENCIA DEL SUBTEMA:
LOCUS, DE ACUERDO CON LAS FUENTES NO ECLESIASTICAS Y CON LAS
FUENTES ECLESIASTICAS, POR QUINQUENIOS

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuentes eclesiásticas</i>
Antes de 1891	—	—
1891-1895	—	4
1896-1900	—	—
1901-1905	1	—
1906-1910	—	1
1911-1915	—	—
1916-1920	2	1
1921-1925	—	4
1926-1930	4	11
1931-1935	2	11

CUADRO No. 8

FRECUENCIA DEL SUBTEMA:
MODELO DE MUJER – MODELO DE MADRE DE ACUERDO CON LAS FUENTES
NO ECLESIASTICAS Y CON LAS FUENTES ECLESIASTICAS, POR
QUINQUENIOS

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuentes eclesiásticas</i>
Antes de 1891	—	4
1891-1895	—	6
1896-1900	2	—
1901-1905	—	—
1906-1910	—	—
1911-1915	—	—
1916-1920	—	3
1921-1925	—	4
1926-1930	5	25
1931-1935	1	36

CUADRO No. 9

FRECUENCIA DEL SUBTEMA:
 LA VIRGEN DE LOS ANGELES MILAGROSA INTERCESORA DE ACUERDO
 CON LAS FUENTES NO ECLESIASTICAS Y CON LAS FUENTES
 ECLESIASTICAS, POR QUINQUENIOS

<i>Años</i>	<i>Fuentes no eclesiásticas</i>	<i>Fuentes eclesiásticas</i>
Antes de 1891	—	7
1891-1895	2	4
1896-1900	1	4
1901-1905	—	2
1906-1910	1	—
1911-1915	—	—
1916-1920	3	3
1921-1925	—	2
1926-1930	10	22
1931-1935	3	15

CUADRO No. 10

FRECUENCIA DE LOS DISTINTOS SUBTEMAS SEGUN TIPO DE DOCUMENTO

<i>Tipo de documento</i>	<i>Imagen como objeto del culto</i>	<i>Sinónimo de nación - Sinónimo de patria</i>	<i>Comunidad ideal</i>	<i>Locus</i>	<i>Modelo de mujer</i>	<i>La V.A. milagrosa interesora</i>
Documentos oficiales (15)	4	10	5	6	7	9
Correspondencia (13)	2	6		1	1	2
Composiciones literarias (51)	6	33	7	2	39	19
Panegíricos (9)	5	8	5	5	7	7
Prensa liberal (44)	16	17	17	8	7	18
Prensa católica (68)	24	36	27	19	25	24

CUADRO No. 11

FRECUENCIA DE LOS DISTINTOS SUBTEMAS EN TRES OBISPOS DEL PERIODO ANALIZADO*

<i>Obispo</i>	<i>Imagen como objeto del culto</i>	<i>Sinónimo de nación - Sinó- nimo de patria</i>	<i>Comunidad ideal Comunidad real</i>	<i>Locus</i>	<i>Modelo de mujer Modelo de madre</i>	<i>La V.A. milagrosa intercesora</i>
B.A. Thiel (6 trabajos)	3	5	1	1	3	5
J.G. Stork (5 trabajos)	2	2	1	2	3	3
R.O. Castro (10 trabajos)	5	7	4	5	5	6

* No se analiza al obispo Lorente, puesto que no se localizó información en que él se refiera al culto de la Virgen de los Angeles.